Nuevo Archivo Teatral de Cultura Popular

ENTRE DOLORA Y CUENTO

MONÓLOGO EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY



BUENOS AIRES

—

PASCUAL MEDIANO, Editor

Bernardo de Irigoyen, 1314

ENTRE DOLORA Y CUENTO

Nuevo Archivo Teatral de Cultura Popular

ENTRE DOLORA Y CUENTO

MONÓLOGO EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY



BUENOS AIRES

PASCUAL MEDIANO, Editor

Bernardo de Irigoyen, 1314

ACTO ÚNICO

Voy á contar un cuento,
ó quién sabe si un drama:
algo del pensamiento
procede del francés.

Poco interés ofrece:
la acción es casi nula;
si título merece,
ya se pondrá después;

la historia prometida
acaso fué forjada,
de un niño á la medida
con llanto de dolor.

Es historia de viejos,
es historia de niños,
sin lumbre y sin reflejos
de gloria ni de amor.

Era la pobre Marta ya muy vieja,
con la piel cenicienta y arrugada;
ojos chiquitos, turbia la mirada,
y á mechones de plata la guedeja.

Y nunca joven fué: nunca sus días
se tiñeron de luz ni de colores;
ni tuvo novios, ni sufrió de amores,
ni supo lo que son las alegrías.

Empezó trabajando á los seis años,
y siguió trabajando á los setenta:
nunca escribió esperanzas en su cuenta,
nunca escribió tampoco desengaños.

Y esta existencia gris y acompasada,
que se arrastró penosa por la villa,
se explica por manera muy sencilla:
Marta fué siempre fea y siempre honrada.

Pero ese eterno manantial divino
que puso en todo ser Naturaleza,
al fin rompió de Marta la corteza,
como dirá este cuento peregrino.

Era una noche de enero,
copiosamente nevaba,
y el termómetro marcaba
cuatro grados bajo cero.

Blanco manto casi helado,
á un sudario semejante,
aplicábase ondulante
al declive del tejado.

A su buhardilla volvía
Marta con paso inseguro,
apoyándose en el muro
y en la nieve que crujía.

Y antes de llegar al suelo,
cien y cien copos perdidos
se quedaban suspendidos
en algún mechón de pelo.

Blancura sobre blancura
doble nevada inclemente:
la que se cuaja en la frente,
la que se cuaja en la altura.

De repente se paró,
y atenta aplicó el oído,
que algo así como un gemido
en las sombras escuchó.

Sobre la nieve apoyada,
como pequeña escultura,
se dibuja la figura
de una niña acurrucada.

O ya dormida, ó ya muerta,
que la diferencia es leve:
niño que duerme en la nieve
en el cielo se despierta.

Hacia el pobre ser se inclina,
lo levanta con anhelo,
y esparciendo nieve y hielo
en su seno lo reclina.

Aun le late el corazón,
aunque con videncia escasa...
¡y se la lleva á su casa
rebujada en el mantón!

Allá fuera el cierzo impío,
y en su miserable lecho
de una vieja contra el pecho
un ser que tiembla de frío.

Del invierno en el rigor,
y de la muerte en la calma,
si no hay calor en el alma,
¿dónde se encuentra calor?

¡La nieve helada y tendida!...
¡La vieja!... ¡La niña inerte!...
¡Algo así como la muerte
dando calor á la vida!

Y pasaron las noches y los días;
llegó la primavera;
no tuvo Marta iguales alegrías
en su existencia entera.

¿Iguales? La palabra es desdichada
y es torpe por demás.
Horas de dicha en toda la jornada
no las tuvo jamás.

Y con la pobre niña encariñóse;
puso en ella su amor.
¡Con mala suerte! Pues al fin trocóse
el placer en dolor.

Porque la pobre niña se moría
dulce y tranquilamente:
como la blanca luz del claro día
se extingue en Occidente.

¡Si en un niño la vida es un alarde
que cesa en un momento!
¡Para extinguir la llama que en él arde
basta un poco de viento!

Y Marta por las calles la paseaba
siempre que era posible:
viendo tiendas el pobre ser gozaba,
¡gozaba lo increíble!

Pero el viento más tenue la cogía
diciendo «ya no más»,
y muy aprisa á casa la volvía
mirando siempre atrás.

Como si algún fantasma apresurado
fuese en su seguimiento
para robarle su tesoro amado
¡ó á la niña el aliento!

Hubo en el invierno un día
sin helada y sin capuz;
como un rayo de alegría
ó como un rayo de luz.

Fundió el sol helados lazos,
lució por montes y valles,
y con la niña en los brazos
salió Marta por las calles.

Con su dulce pesadumbre,
con su manto y su basquiña,
á ver si del sol la lumbre
logra animar á la niña.

Pobre niña, tintes rojos
te dió la fiebre: tu ser
tiembla todo; y en tus ojos
hay, sin embargo, placer.

¡Ay, corazón, cómo lates
al ver tanta maravilla,
en los mil escaparates
de las tiendas de la villa!

Ojos de tantos fulgores,
mirad bien por vez postrera:
recoged luz y colores,
¡que mucha sombra os espera!

Una tienda de juguetes,
sobre todo, la fascina.
¡Qué panderos! ¡Qué jinetes!
¡Qué muñeca tan divina!

Yergue su cuerpo marchito,
alarga su mano seca,
tose mucho, lanza un grito,
dice: «Quiero la muñeca».

Pero aquí son los afanes
y de Marta los apuros.
¡Abajo todos los planes!
¡Lo imposible! ¡Quince duros!

Falta luz, la vuelta dan
y se alejan tristemente,
una y otra con su afán
por en medio de la gente.

La niña hacia atrás mirando:
la vieja mirando al suelo,
y llorosa murmurando:
«¡La pobre, ni ese consuelo!»

Y llegaron las noches de agonía,
acababa la niña poco á poco
y su muñeca sin cesar pedía
con terco afán desesperado y loco.

Y Marta, ya extenuada y vacilante,
unas veces gemía, otras rezaba,
otras la pobre vieja delirante
con los puños las tapias machacaba.

¡Un pobre ser tan dulce y tan divino!
¿qué le pide á la vida? ¡una muñeca!
y ni aun ese consuelo tan mezquino
ha de rodar dentro su tumba hueca.

¡Otros piden honores y fortuna!
¡Del pobre ser es toda la ilusión
acostar á su lado y en su cuna
la vistosa muñeca de cartón!

Acariciar su rubia cabellera,
ó quitarle el cintillo de coral,
ó poniendo en un beso el alma entera
besarle sus dos ojos de cristal.

¡Pues nada, todo ser grande ó pequeño,
ha muerto y morirá sin que á su lado
la postrer ilusión del postrer sueño
venga á prestar calor al cuerpo helado!

Poco á poco baja el pulso
y se apaga el pobre aliento:
cesa todo el movimiento,
y la vieja en ciego impulso,

ya perdida la razón,
á un extraño arranque cede,
y bajando como puede
escalón tras escalón,

sin que ella misma comprenda
ni qué busca ni á qué va,
es lo cierto que ya está
á la puerta de la tienda.

Con una niña preciosa
una señora elegante
salía en aquel instante
de allí mismo: y ¡qué orgullosa,

y qué formal y qué hueca
la niña rica y mimada
iba con su codiciada
y primorosa muñeca!

¿Qué sintió Marta? ¿Qué afán,
qué profundo desconsuelo?
¡Algo así, al perder el cielo
debió morder en Satán!

«¡Ese ángel ó lo que fuere,
tan risueño, tan dichoso,
no es mejor ni más hermoso
que el ángel que se me muere!»

¡Honda desesperación!
¡Luego, rabia! ¡Envidia luego!
¡Y luego un monstruo de fuego
enroscado al corazón!

¿Qué pasó? Pues de repente,
ante la niña mimada,
la vieja está arrodillada
y alrededor mucha gente.

Extiende su mano seca,
habla, cuenta, pide, llora...
y se agarra á la señora
y se agarra á la muñeca.

Poco después, á codazos,
separando á quien la toca,
iba una vieja... ¡una loca
con una muñeca en brazos!

Como se apaga el resplandor del día
cuando del mar el sol se hunde en el lecho,
lentamente la niña se moría,
la muñeca apretada contra el pecho.

Empeño fué de Marta, y en la fosa
juntas las dos descansan muy tranquilas;
la pobre niña y la muñeca hermosa,
la de grandes, inmóviles pupilas.

Todo pasa, y al fin tuvo un consuelo;
¡pobre Marta! soñó que humanos lazos
rotos por siempre, con celeste vuelo,
un ángel muy hermoso entró en el cielo
llevando una muñeca entre sus brazos.

FIN

TITULO DE LAS OBRAS	AUTORES	Actos	Hombres	Mujeres
Parada y fonda	*Vital Aza*	1	4	—
Aprobados y suspensos	*Idem*	1	11	—
Chifladuras	*Idem*	1	2	2
El bigote rubio	*Miguel Ramos Carrión*	1	3	2
La buena crianza	*Joaquín Abati*	1	1	—
¡Un bofetón... y soy dichosa!	*Juan del Peral*	1	4	2
Un marido infeliz	*Calixto Navarro*	1	3	1
Sermón perdido	*Teodoro Guerrero*	1	3	2
El desalojo	*Silverio Manco*	1	4	1
Mercedes	*Eduardo de Lustonó*	1	2	1
¡La cosa urge!	*Manuel García González*	1	3	—
Dos y uno	*Bueno y Sánchez*	1	2	1
La noche antes	*Juan Antonio Cavestany*	1	1	—
El ángel de los sáuces	*Emilio Mozo de Rosales*	1	2	2
¿Matrimonio civil?	*Manuel P. Delgado*	1	1	3
El libro talonario	*José Echegaray*	1	3	1
El poeta de guardilla	*Pedro Marquina*	1	4	1
El olmo y la vid	*Luis García de Luna*	1	2	2
Los desamparados	*Mariano Chacel*	1	3	3
Cría cuervos y te sacarán los ojos	*Pedro Carreño*	1	6	—
¿Come el duque?	*Ricardo Puente y Brañas*	1	9	1
Ni tanto ni tan calvo	*Manuel Matoses*	1	2	2
Lluvia de oro	*Mariano Pina*	1	2	1
La gramática	*Manuel Ortiz de Pinedo*	1	4	1
Mi secretario y yo	*M. Bretón de los Herreros*	1	2	2
¡Perdón!	*Antonio Fernández Arreo*	1	16	—
Prueba práctica	*Enrique Zumel*	1	2	1
La venda de Cupido	*Miguel Pastorfido*	1	4	2
La carta y el guardapelo	*Ildefonso A. Bermejo*	1	4	3
Mi mamá	*Narciso Serra*	1	2	2
Entre dolora y cuento	*José Echegaray*	1	—	1
El moderno Endymión	*Idem*	1	—	1
El canto de la sirena	*Idem*	1	—	1
Un hablador sempiterno	*Ventura de la Vega*	1	5	2
Bruno el tejedor	*Idem*	2	6	1
Rebeldía	*Eduardo Zamacois*	2	5	6
El tío Juanico	*José María García*	1	5	—
El sueño del malvado	*Idem*	3	7	2
L'hereu	*Retes y Echevarría*	3	8	2
Honrar padre y madre	*Juan José Herranz*	3	5	2
Traidor, inconfeso y mártir	*José Zorrilla*	3	10	1
Oratoria moderna	*Luis Millá*	1	1	—
El ensayo de un drama	*Idem*	1	1	—
Al campo, D. Nuño, voy...	*Idem*	1	1	—
¡Animal!	*Idem*	1	1	—
Mañana me caso	*Idem*	1	1	—
Ayer me casé	*Idem*	1	1	—
¿Café?	*Idem*	1	1	—
El pobre D. Quijote	*Idem*	1	1	—
¡Centinela alerta!	*Idem*	1	1	—
El tenor de la «Marina»	*Idem*	1	1	—
Un crimen elegante	*Idem*	1	1	—
Juegos de manos	*Idem*	1	1	—
Filosofía del vino	*Teodoro Guerrero*	1	4	—
La mamá política	*Miguel Ramos Carrión*	2	4	3
Buenas noches, señor don Simón	*Luis Olona*	1	5	3
Música clásica	*J. Estremera y R. Chapí*	1	2	1
El chiquillo	*S. y J. Alvarez Quintero*	1	1	1
El flechazo	*Idem*	1	1	1
¡Nicolás!	*Eusebio Sierra*	1	2	2

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA ESPOSA DEL VENGADOR

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSÉ ECHEGARAY

NOVENA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1896

LA ESPOSA DEL VENGADOR

LA ESPOSA DEL VENGADOR

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL, el 14 de Noviembre de 1874.

NOVENA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1896

PERSONAJES		ACTORES
EL CONDE DE PACHECO........	Sr.	Parreño.
DOÑA JUANA, su esposa.........	Srta.	Castro.
AURORA, su hija	»	Mendoza Tenorio.
DON CARLOS DE QUIRÓS, con el nombre en los dos últimos actos de Lorenzo.....................	Sr.	Vico.
FERNANDO....................	»	Cepillo.
PARREÑO, con el nombre en los dos últimos actos de Fajardo........	»	Alisedo.

Caballeros, damas, escuderos, dueñas, etc.

Año 15...

El primer acto en Barcelona: los dos últimos en Madrid.

AL EMINENTE ACTOR

D. ANTONIO VICO

En prueba de admiración y amistad.

J. Echegaray.

ACTO PRIMERO

La escena representa una plaza de Barcelona: á la izquierda, y en alto, un retablo con un Cristo en la cruz, alumbrado por un farol: al pie, como resguardando el retablo, una verja sobre una pequeña escalinata. A la derecha una casa con gran puerta y escudo de armas: sobre la puerta y el escudo un balconaje. En el fondo una iglesia con escalinata también. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

En la plaza, gente que va y viene: algunos entran en la iglesia: dos grupos de CABALLEROS, en primer término: uno á la izquierda y otro á la derecha. AURORA y FERNANDO en el balcón.

(Grupo de la izquierda.)

CAB. 1.º ¿Será verdad?
CAB. 2.º ¿Será cierto?
CAB. 3.º Al sonar de la mañana
las nueve en la gran campana
del viejo torreón del puerto,
con tres argelinas presas
y al aire la blanca lona,
llegaron á Barcelona
dos galeras genovesas.

CAB. 2.° ¿Y habéis visto?...
CAB. 3.° Vi bajar,
de la mayor de las dos,
á don Carlos de Quirós,
y en la ciudad penetrar.
CAB. 2.° Pues si *Carlos* ha llegado
¡ay del Conde de Pacheco!
CAB. 3.° Aún aquí resuena el eco
del grito que desgraciado
Marqués de Quirós y Estrada
lanzó tras largo reñir,
sobre su pecho al sentir
del fiero conde la espada:
CAB. 2.° Vengánzas tradicionales,
herencias de sangre y muerte
de dos razas que la suerte
por su mal hizo rivales.
(Grupo de la derecha.)
CAB. 4.° Los dos hasta aquí vinieron,
sus odios aquí estallaron,
de esa luz aprovecharon
la claridad, y riñeron.
CAB. 5.° Misterios son del destino:
el mismo triste fulgor
que alumbraba al Redentor,
alumbraba al asesino.
(Grupo de la izquierda.)
CAB. 3.° Después le he vuelto á encontrar.
CAB. 1.° ¿Á Quirós?
CAB. 2.° ¿Á Carlos?
CAB. 3.° Sí.
CAB. 1.° ¿Dónde le encontraste?
CAB. 3.° Aquí,
y hacia esa casa mirar
una y dos veces y tres,
lo ví con adusto ceño.
CAB. 2.° ¿Iba sólo?
CAB. 3.° Con Parreño,
escudero del Marqués.
CAB. 2.° Parreño es la tradición
del odio en esa familia:
en el sueño, en la vigilia,

con feroz obstinación
solo un pensamiento fijo
hay en su cerebro inerte:
«quien al padre dió la muerte,
muera á las manos del hijo.»

AURORA. (En el balcón de la casa de Pacheco.)
Llega la gente: ya es hora:
el toque de la oración.
(Principia á sonar la campana de la iglesia.)
(Grupo de la derecha.)

CAB. 4.° De Pacheco en el balcón
¡qué dulce voz!

CAB. 5.° ¡Es Aurora!
(Mientras se pronuncian los dos últimos versos continúa el toque de oraciones. Todos se descubren. Aurora se arrodilla en el balcón. Pausa.)

AURORA. (En el balcón.)
Vamos, Fernando.

FERN. ¡Hay tal prisa!
¿para qué?

AURORA. ¡Calla, blasfemo!
(Grupo de la derecha.)

CAB. 4.° Que trueques bien pronto temo
en lágrimas tu sonrisa.

FERN. (En el balcón.)
Si en el templo tu alma pura
buscar un cielo anheló,
¡qué más que el Dios que te dió
en tu divina hermosura!

AURORA. En tus viajes conseguiste
ciencia bella y peregrina:
¿aprendiste medicina,
ó retórica aprendiste?

FERN. ¡Aurora!

AURORA. Das mal ejemplo:
te falta la gravedad
de doctor y la piedad
de cristiano: ven al templo.
(Desaparecen del balcón Aurora y Fernando.)
(Grupo de la izquierda.)

CAB. 2.° De Pacheco soy amigo
y he de advertirle ¡por Dios!

que ha llegado el de Quirós,
el hijo de su enemigo.
(El grupo de la izquierda se retira al fondo del teatro.)
(Grupo de la derecha.)

CAB. 4.° Un buen aviso...
CAB. 5.° Excusada
precaución. Don Carlos hiere
cara á cara: mata ó muere;
no temáis una emboscada.
CAB. 4.° Pero Pacheco á mi ver
pudiera evitar...
CAB. 5.° ¡Por Cristo,
á Pacheco nadie ha visto
la espalda á un hombre volver!
(Se retiran hacia al fondo del teatro.)

ESCENA II

Salen AURORA y FERNANDO, delante; detrás DOÑA JUANA y el CONDE DE PACHECO; por último una DUEÑA y un ESCUDERO

AURORA. ¡He de salir! (A Fernando.)
FERN. ¡Haces mal!
AURORA. ¡Es empeño!
FERN. ¡Es desvarío!
De la noche el vapor frío
deslustra el limpio cristal
de tús ojos.
AURORA. ¡Qué porfía!
FERN. Quien lleva por nombre Aurora,
salir debe cuando dora
las cumbres el nuevo día.
Tus promesas, ¿qué se hicieron?
AURORA. ¡Calla, Fernando!
FERN. ¡No á fe!
¡Ojos sin luz!...
AURORA. Ya lo sé.
FERN. ¡Soles extinguidos fueron!
¡Triste esclavitud sufrían:

negra noche los rodeaba;
su limpio azul se empañaba,
y nunca, Aurora, podían,
en sombras aprisionados,
ni juguetear hechiceros,
ni rechazar altaneros,
ni mirar apasionados!

AURORA. Es cierto, más regresaste
desde Italia presuroso;
de mis ojos, sin reposo
la triste sombra estudiaste,
y al poner tu sabia mano
en ellos, mi buen amigo,
ví la luz... Pero, ¿qué digo?
más que mi amigo: ¡mi hermano!

FERN. («¡Su hermano!» ¡dice la impía,
y así piensa que me halaga!)

AURORA. ¿Estás contento?

FERN. ¡Me embriaga
el placer, hermana mía!
(Aurora le tiende cariñosamente la mano.)
(¡Al que se abrasa de amor
tenderle helada la mano!
¡darle cariño de hermano
como afrenta á su dolor!
¡limbo sin gloria ni afán
el paso cerrando á un cielo!
¡torpe barrera de hielo
en el cráter de un volcán!)
(Aurora y Fernando continúan hablando en voz baja.
Un embozado se acerca cautelosamente á Pacheco.)

CAB. 2.° Pacheco, piensa en Quirós,
y piensa que un hijo tiene.

JUANA. ¿Carlos viene?

CAB. 2.° Carlos viene. (Se aleja.)

PACHECO. Y bien, que venga.

JUANA. ¡Ay, mi Dios!
(Otro embozado se acerca con misterio á doña Juana.)

CAB. 4.° Moderad su fiero alarde
si amáis al conde, señora.
Que no regrese á deshora...

JUANA. ¿Carlos tal vez?...

CAB. 4.º Dios os guarde.
(Doña Juana y Pacheco hablan en voz baja.)
AURORA. ¿Por qué tan fieros enojos
en tu mirada severa?
FERN. ¡Expones de tal manera
los cristales de tus ojos!...
AURORA. No abrigues témor, Fernando:
seré prudente, lo juro.
Quiero ver el cielo puro,
y el sol que nace bordando
franjas de oro con su luz
en los celajes de Oriente,
y la blanca y triste frente
del Cristo que está en la cruz.
FERN. Y, ¿nada más?
AURORA. ¡Y á mi padre,
tan bueno y tan cariñoso!
FERN. Y, ¿nada más?
AURORA. ¡Y el hermoso
rostro de mi santa madre!
FERN. Y, ¿á nadie más ver ansías?
AURORA. ¿Por qué me miras así?
FERN. ¿Quién te ha dado, ingrata, dí,
las inmensas alegrías
de ver el cielo y el sol,
la noche con sus estrellas,
la mañana con sus bellas
nubes de oro y de arrebol?
AURORA. Perdóname...
FERN. ¡Perdonar!...
¿Por quién ves hoy á tu madre,
la faz noble de tu padre,
y á tu Dios en el altar?
De tus ojos al profundo
negro abismo, ¿quién dió luz?
Ese que espira en la cruz
el primero... ¡yo el segundo!
AURORA. ¡Es verdad: pobre Fernando!
FERN. ¡Y me pudiste olvidar!
AURORA. ¡Quieres hacerme llorar!
(Llevando la mano á los ojos.)
FERN. ¡Qué dicha! ¡por mí llorando!

AURORA. Médico que con enojos
no encuentra más medicina,
ni otro remedio propina
que lágrimas á los ojos,
querrá curar, no lo niega
mi voz ingrata, Fernando,
pero es la verdad, que cuando
así nos cura, nos ciega.

FERN. Y, ¿lloras por mí?

AURORA. ¡Dios mío,
en mi pena se complace!

FERN. Es que gozosa renace
mi esperanza.

AURORA. ¡Ven, impío!
(Le coge una mano y le atrae á sí.)
¡Mira de cerca mi llanto!

FERN. ¡Aurora!

AURORA. ¿Ves mi dolor
de esa luz al resplandor?
(Levanta la cabeza de modo que le hiera la luz del Cristo en los ojos.)

FERN. ¡Lágrimas, sí!

AURORA. ¡Cielo santo!
(Da un grito: se lleva las manos convulsivamente á los ojos, y cae de espaldas: Fernando, la sostiene. Doña Juana y Pacheco se acercan con afán y le rodean.)

FERN. ¡Qué tienes!

PACHECO. ¡Hija!

JUANA. ¡Mi bien!

AURORA. ¡Todo está negro... ay de mí!
(Procura con las manos separar algo. Pausa. Al fin deja caer los brazos y mira alegremente á su alrededor.)
¡Ya se van las sombras... sí!

FERN. ¡Perdóname!

AURORA. ¡Madre!

JUANA. ¡Ven!
(Aurora y doña Juana se abrazan. Pequeña pausa.)

AURORA. De esa luz destellos rojos
cayeron sobre mi frente,
y clavóse un rayo ardiente

en las niñas de mis ojos.
Después nada ví... Mas luego
todo pasó.

PACHECO. ¡Pobre Aurora!

JUANA. ¡Hija del alma!
(Aurora mira á Fernando y se enjuga los ojos sonriendo.)

FERN. (¡Y aún llora!)

AURORA. Siento en las mejillas fuego.

JUANA. ¿Tú la enojaste?

AURORA. No á fe.

PACHECO. ¿Ha sido Fernando?

JUANA. Sí.

AURORA. Al mirar al sol, aquí
(Señalando la frente.)
siento siempre... ¡no sé qué!

FERN. Que te muestre cuanto brilla (A Aurora.)
sus enojos, no me asombra,
ni que te busque la sombra,
es, Aurora, maravilla.
Por ley de Dios en la tierra,
ó por misterioso instinto,
atracción es lo distinto,
y es lo semejante guerra.
Rechaza un sér á otro sér
si ve en él su copia fría,
que al fin la monotonía
es la muerte del placer;
mas si diferentes son
y se completan unidos,
se sienten ambos vencidos
por secreta inclinación;
y es que una mágica red
los envuelve á su pesar;
que los dos quieren saciar
de lo infinito la sed.

PACHECO. Sútil el médico viene.

FERN. Pues dudas en vos contemplo,
escuchad algún ejemplo
que mi doctrina contiene.
No envidia á la nube el sol,
que no hay luz propia en la nube,

y por eso cuando sube
la colora de arrebol.
En la caña mira el río
otro sér y se alboroza;
ella de placer solloza,
y él se deshace en rocío.
La selva en el ruiseñor
contempla otra criatura,
y le presta su espesura
para nido de su amor.
Y es que la caña y el río,
el ruiseñor y la selva,
la nube aun cuando devuelva
con magnífico atavío
el ajeno resplandor,
y el sol de rayos ardientes,
son seres tan diferentes,
que se buscan con amor;
y de aquesta simpatía
nacen en monte y en llano
un concierto soberano
y una divina armonía.

PACHECO. Probaste con discreción
de tu tésis la mitad;
pero algo falta.

FERN. Escuchad,
que llego á la conclusión.
Se alza el mar, se ve á sí mismo
en más lejano horizonte,
y es en su cólera monte
de espuma, y después abismo.
Huyendo va el huracán
de huracanes que le azotan,
y huyendo del fuego brotan
las lavas en el volcán.
Ejemplos en los que veo,
aun cuando muy de pasada,
mi doctrina comprobada
y cumplido mi deseo:
y así, puesto que en la tierra,
ó por ley ó por instinto,
es atracción lo distinto

y es lo semejante guerra,
si tu luz quiere cubrir
la noche con negro velo,
es que intenta en ese cielo
un crepúsculo fingir;
si el sol, en vez de arrebol,
te manda sus rayos rojos,
son naturales enojos
que inspira un sol á otro sol.

JUANA. Bien dicho; pero excusar
pudiste tan bella ciencia
y tal primor con prudencia
y con no hacerla llorar.

AURORA. Ven, Fernando; el tiempo pasa.

FERN. (¿Me perdonas?) (En voz baja á Aurora.)

AURORA. (Idem á Fernando.) (¿Lo mereces?)

FERN. ¡Aurora!

AURORA. No me enterneces. (Con malicia.)

(Se dirigen los dos hacia el templo: la Dueña y el Escudero les siguen. Doña Juana detiene á Pacheco. Aurora, Fernando, la Dueña, el Escudero y la gente que quedaba en la plaza, entran en el templo.)

ESCENA III

DOÑA JUANA y PACHECO, en primer término; DON CARLOS y PARREÑO, aparecen en una esquina, en ella se detienen observando. La plaza desierta; se oye débilmente el órgano.

JUANA. El corazón me traspasa
una duda... ¡Si es verdad!...
¡si vino Carlos!...

PACHECO. Y bien:
Dios tan sólo dirá quien
es hoy digno de piedad.

(Pacheco intenta dirigirse al templo: doña Juana le detiene de nuevo.)

JUANA. ¡Son mis angustias tan grandes!...

PACHECO. Ya la Salve está empezada...

JUANA. ¡El es la mejor espada
de nuestros tercios de Flandes!

PACHECO. ¡Que me place, vive Cristo,
si á tal llega su bravura!
¿Le conoces por ventura?
JUANA. Jamás, Pacheco, le he visto.
PARREÑO. (A don Carlos, señalando á Pacheco y á doña Juana.)
Un hombre y una mujer...
PACHECO. Vamos...
JUANA. Espera un instante.
PACHECO. ¡Estás llorosa, anhelante...
me apena tu padecer!
(Da algunos pasos: doña Juana le detiene.)
JUANA. Siempre he sido esposa honrada,
cariñosa y obediente;
mi vida estuvo pendiente
de tu voz, de tu mirada.
PACHECO. Es verdad.
JUANA. Pues vas á darme
una recompensa.
PACHECO. ¿Cuál?
JUANA. ¡Sal de Barcelona, sal!
PACHECO. ¡Eso fuera deshonrarme!
JUANA. ¡Piensa en mí; piensa en Aurora!
PACHECO. ¡En mi honor pienso también!
JUANA. ¡Yo te lo suplico!
PACHECO. Ven.
(¡Pobre Juana, cuánto llora!)
(Pacheco intenta llevársela; pero ella resiste. Parreño, en el fondo, avanza algunos pasos, y después se vuelve hacia don Carlos.)
PARREÑO. ¡Es Pacheco!... ¡mi sangre arde!
JUANA. ¡Mira allí!... ¡dos hombres, dos!
(Señalando á don Carlos y Parreño.)
PARREÑO. ¡Nadie en la plaza! (Instando á don Carlos.)
JUANA. ¡Por Dios,
vamos!...
(Doña Juana se lleva con afán á Pacheco hacia la iglesia.)
PARREÑO. (Queriendo obligarle.) ¡Don Carlos!
CARLOS. (Friamente.) Más tarde.
(Doña Juana y Pacheco entran en la iglesia: Don Carlos y Parreño avanzan al proscenio.)

ESCENA IV

DON CARLOS y PARREÑO

PARREÑO. ¿A qué de Italia viniste? (Con enojo.)
¿A qué traje de Toledo,
después de probar su temple
sobre piedra y sobre cuero,
de Milán en una cota,
y contra un yunque de hierro,
esa espada que en el cinto
muerta ó dormida contemplo?
CARLOS. Calma, calma, buen anciano.
PARREÑO. ¡Don Carlos!
CARLOS. Basta, Parreño. (Pausa.)
PARREÑO. ¡Aquí murió!
CARLOS. Ya lo sé.
PARREÑO. Contra esa piedra su cuerpo
se desplomó.
(Señalando la escalinata de la verja.)
CARLOS. ¡Pobre padre!
PARREÑO. En sangre tinto el acero,
al aire lo sacudió
con fuerte brazo Pacheco:
salpicó la roja lluvia
esa verja y este suelo,
y que Dios me lo perdone,
pero muchas veces creo
que esas manchas que la imagen
muestra al costado derecho,
de aquella sangre son gotas
que sobre el Cristo cayeron.
CARLOS. Aquí mi padre espiró:
aquí morirá Pacheco.
PARREÑO. ¡Morirá! ¿Cuándo?
CARLOS. ¡Esta noche!
PARREÑO. ¡Ah, mi venganza!
CARLOS. Silencio:
no es venganza, que es castigo.
PARREÑO. ¿Qué importa el nombre?
CARLOS. Buen viejo,

morirá como mató:
frente á frente y hierro á hierro.

PARREÑO. Y, ¿estás triste?

CARLOS. ¿Que te extraña?
si condenado me veo
á seguir antiguos odios
de Estradas y de Pachecos.

PARREÑO. ¿Qué dices?

CARLOS. La tradición
es implacable. Recuerdo
que aun muy niño me mostraban
retratos de mis abuelos
en los góticos salones
de mi castillo paterno,
y todos llevaban sangre
en la frente ó en el pecho.
Aquesta significaba
haber á las manos muerto
de su enemigo; y aquella,
la que con tinte siniestro
manchaba la frente altiva,
era sangre de Pacheco.
Hoy se decide mi suerte,
y escoger entre ambas debo;
y es, ¡vive Dios! la elección
triste, muy triste, Parreño.

PARREÑO. ¡Tú, femeniles flaquezas!
¡Ah, don Carlos!... ¿tienes miedo?
(Acercándose á él y en voz baja.)

CARLOS. ¡Miserable!

PARREÑO. ¡Duda horrible!

CARLOS. Me das lástima, buen viejo.
Pregunta en Flandes por mí:
pregunta en Italia luego.
Contentos allá en sus tumbas
deben estar mis abuelos.
Pero no todo es luchar;
algo más anhela el pecho:
hay vagas aspiraciones,
hay mil dulces sentimientos...
En fin, tú no me comprendes.

PARREÑO. Don Carlos, bien te comprendo:

mueres de amor.

CARLOS. No lo sé.
Sí lo sé: de amores muero.

PARREÑO. ¿Cuál es su nombre?

CARLOS. Lo ignoro.

PARREÑO. ¿Italiana?

CARLOS. No por cierto:
española.

PARREÑO. ¿Pero cuándo
has podido...?

CARLOS. Escucha atento. (Pausa.)
Llegamos esta mañana;
tomamos tierra en el puerto;
penetré solo en las calles
en mi negra capa envuelto,
y lentamente marchaba
revolviendo en el cerebro
venganzas para mi padre,
muertos mil para Pacheco.
La capa flotó hacia atrás,
bajé el embozo un momento,
y el puño de mi tizona,
libre de pliegues molestos,
buscó la luz, dando al aire
mil acerados reflejos.
A una esquina dí la vuelta,
y á mi pesar, en el velo
de una dama que venía
marchando en sentido inverso,
seguida de airoso paje
y dueña de adusto ceño,
enganché los retorcidos
gavilanes de mi acero,
¡que siempre están gavilanes
de palomas en acecho!
Dió un grito y yo la miré:
alzó sus ojos de cielo;
rasgó el tul y huyó ligera;
no la ví más... ¡y aún la veo!
¡Malhaya los gavilanes
que presa en ella no hicieron!

PARREÑO. ¿Y es eso todo? Ilusiones

de enamorado mancebo!

CARLOS. Eso es todo, porque es vida,
y es esperanza y es cielo.
Escúchame y no te burles.
Supónme presa de un sueño
poblado de mil fantasmas,
de la calentura engendro,
é imagina que por fin,
tras largo luchar, despierto;
corro al balcón, y de un valle
perfumado, alegre, fresco,
sobre mi abrasada frente
brisas matinales siento.
¿Comprendes la sensación
de bienestar, de consuelo,
que hubiese experimentado
mi sér en aquel momento?
Pues esto mismo sentí,
cuando mis ojos la vieron.
Meditando en mi venganza,
ante mí pasando tercos
el cadáver de mi padre
y la espada de Pacheco,
alumbrados de esa luz
por los últimos reflejos,
marchaba yo por las calles
soñando más que despierto,
cuando la ví de repente,
tan de cerca, que su aliento
sobre mi abrasado rostro
sentí perfumado y fresco.
Yo ví su frente purísima,
á la que rubios cabellos
coronaban, como suele
con sus dorados reflejos
coronar el sol que nace
monte de nieve cubierto.
Yo ví sus ojos azules,
que en verdad, me parecieron
más celestiales que aqueste
bellísimo firmamento,
que al fin este cielo es uno

y aquellos eran dos cielos.
Yo vi su dulce sonrisa,
y pensé en aquel momento
con la rapidez del rayo,
y del rayo con el fuego,
¿si en tu boca así es la risa
qué será en tu boca un beso?
¡Y al ver tan divina mezcla,
y conjunto tan perfecto,
de cuanto hay de más hermoso
en la tierra y en el cielo,
sentí... yo no sé ¡Dios mío!
lo que sentí; solo siento
que hay más luz en el espacio,
más aromas en el suelo,
más frescura en el ambiente,
y que están los aires llenos
de divinas armonías
y celestiales conciertos!

PARREÑO. ¡Buena ocasión es, don Carlos,
de pensar en devaneos!
¡Pobre Marqués de Quirós!

CARLOS. ¡Calla, calla!...

PARREÑO. ¡Pobre dueño!
Tú descansas bajo el mármol
desgarrado el noble seno,
el que te arrancó la vida
su triunfo goza soberbio,
y el hijo que tanto amabas,
aquí, do cayó tu cuerpo,
celestiales armonías
está sin cesar oyendo.
¡Bien haya por la ventura
que goza el noble mancebo!

CARLOS. Dije que será esta noche.

PARREÑO. ¿Me lo juras?

CARLOS. Lo prometo.
(Sale de la iglesia Fernando y marcha con lentitud.)
Gente sale de la iglesia.

PARREÑO. Es tan solo un caballero.

CARLOS. Cubre el rostro y sígueme,
que más tarde volveremos.

ESCENA V

DON CARLOS, FERNANDO y PARREÑO

FERN. ¡Cuán hermosa está rezando!
¡Con qué gracia el cuello inclina!
¡Qué palidez tan divina!
¡Carlos!
CARLOS. ¿Qué miro? ¡Fernando!
(Fernando y don Carlos se reconocen y se abrazan. Parreño se retira al fondo.)
FERN. ¡Guerra en Flandes y tu brío
aquí en la paz consumiendo!
CARLOS. ¡Tú de una iglesia saliendo,
tú, el filósofo, el impío!
FERN. ¡A rogar á un ángel fuí
para el alma salvación!
CARLOS. ¿Rogaste?
FERN. De corazón.
CARLOS. ¿Y te escuchó el ángel?
FERN. Sí.
CARLOS. ¿Al fin su amor obtuviste?
FERN. No lo sé.
CARLOS. ¿Que no lo sabes?
FERN. Pregúntales á las aves,
si el aire cruzar les viste,
el camino que trazaron;
á los peces, en el mar,
pregúntales al pasar
la estela que en él dejaron;
quizá puedan responder
qué es del aire y las espumas;
pero saber no presumas
si hay amor en la mujer.
¡Ni cariño, ni pasión,
ni tu llanto, ni tu queja,
traza, rastro, huella deja
en su móvil corazón!
Es siempre, Carlos, la impía
tan cariñosa conmigo,
que muchas veces me digo,
¡alienta, esperanza mía!

Hacia mí risueña viene,
coge mi mano ardorosa,
y está Aurora tan hermosa;
tales promesas contiene
aquel divino rubor
de su tez anacarada,
que en la voz, en la mirada,
presumo encontrar amor.

CARLOS. ¿Y amor es eso?
FERN. No á fe.
CARLOS. ¡Loco estás!
FERN. Lo pienso á veces.
CARLOS. Fernando, tú no mereces
su cariño.
FERN. Ya lo sé.
CARLOS. ¿En qué fundas tu recelo?
FERN. Lo fundo en todo y en nada;
¡siempre hay calma en la mirada
de aquellos ojos de cielo!
siempre que oprimo su mano,
encuentro su mano fría;
siempre que la llamo «mía,»
ella me llama, «su hermano.»
Lloro, y llora... sin pasión
río, y rie... sin delirio;
ó no entiende mi martirio,
ó no tiene corazón.
¿Has amado, Carlos, dí?
CARLOS. Há muy poco, pero amé.
FERN. Pues si amaste, yo bien sé
que jamás amaste así.
CARLOS. Esperar debes que crezca
esa tierna simpatía.
FERN. Lo que anhela el alma mía
es que Aurora me aborrezca.
El humano corazón
pasa del odio al cariño,
pero de ese amor de niño
jamás nace una pasión.
Perdona si con mi pena
te molesto.
CARLOS. ¡Qué locura!

FERN. Pero es tanta la amargura
de que está la copa llena,
que con mano torpe y loca,
por dividirla contigo,
la llevé, mi buen amigo,
á la tuya de mi boca.

CARLOS. Siempre, Fernando, me viste
á tu servicio dispuesto.

FERN. ¡En aquel trance funesto
la vida, Carlos, me diste!

CARLOS. De hazaña que poco vale
no aumentemos el valor.

PARREÑO. Retirémonos, señor;
del templo la gente sale.
(Comienzan á salir algunas damas y caballeros de la iglesia.)

CARLOS. Dispón, Fernando, de mí
como antiguo camarada.
(Tendiéndole la mano.)

FERN. No está mi historia acabada,
algo me falta.

CARLOS. Pues dí.

FERN. Quiero confiártelo todo,
decirte quién es mi bella.
¿Ves, Carlos, la casa aquella?
Allí vive.

CARLOS. (Retrocediendo.) ¿De ese modo,
Aurora es hija del Conde?

FERN. ¿La viste? (Con desconfianza.)

CARLOS. Jamás la ví.

FERN. Entonces... ¡loco de mí!
¡tu enemigo!

CARLOS. Allí se esconde
quien vertió la sangre mía.

FERN. Perdona, Carlos, mi olvido.

CARLOS. ¿Y por ella tú has sentido
esa amorosa manía?

FERN. Ausente de Barcelona
largo tiempo y ofuscado
por mi amor desventurado...
Perdona otra vez, perdona.

PARREÑO. Vámonos presto, señor.

CARLOS. Adiós, Fernando; en conciencia,
yo presumo que es demencia
lo que tú llamas amar.
(Salen don Carlos y Parreño.)

ESCENA VI

FERNANDO

¡Su enemigo!... De ese modo
muy natural le parece,
que porque al conde aborrece
le aborrezca el mundo todo.
Anegados en sus penas,
siempre ven los corazones
al través de sus pasiones
la desventuras ajenas.
Mas ahora que en ello pienso...
la presencia aquí de Carlos...
el conde... Aurora... á buscarlos
corro al punto. Un velo denso
se ha quitado de mis ojos.
He de evitar, vive Dios,
que aquí se encuentren los dos,
y que estallen sus enojos.

ESCENA VII

PACHECO, FERNANDO, AURORA y DOÑA JUANA

Al dirigirse Fernando á la iglesia, se encuentra con Pacheco, á cuyo lado vienen doña Juana y Aurora. Detrás la Dueña y el Escudero. Sale la gente del templo y se van alejando por las calles próximas. Pacheco, rodeado de Aurora, doña Juana y Fernando, avanzan hasta el proscenio: con sus ademanes parece negarse á algo que le piden con insistencia.

PACHECO. Entrad en casa: yo iré
muy en breve.
AURORA. ¡Padre mío,
ven!

(Con tono suplicante y procurando llevarle consigo.)

JUANA. (En voz baja.) (¡Fernando, en tí confío!)

FERN. ¡Señor!...

PACHECO. (Dirigiéndose á la verja del Cristo.)
Presto os seguiré.

JUANA. ¡Pacheco, mira mi llanto!

PACHECO. Dejadme que mi oración
con calma y con devoción
rece ante ese Cristo santo.
¿No cumplo aqueste deber
todas las noches?

FERN. Mas hoy....

JUANA. Esos avisos...

PACHECO. No doy
á esos ruídos gran valer.

AURORA. (A Fernando en voz baja.)
(¡Ruégale por Dios, hermano!)

FERN. ¡Si llega Quirós!...

PACHECO. Le espero
aquí como caballero,
mientras cumplo cual cristiano.

JUANA. ¡Pacheco!

PACHECO. Juana, sosiega:
mañana van á dictar
orden para trasladar
á mi casa solariega
esa imagen. Entre tanto,
he de cumplir mis deberes...

JUANA. ¡Esposo!

AURORA. ¡Padre!

PACHECO. ¡Mujeres,
me cansa ya vuestro llanto!
¡Que no hay tal peligro os digo:
si lo hubiera, lo esperara,
que yo no escondo la cara
ni á mi Dios, ni á mi enemigo!
Donde su sangre vertí
he de decir mi oración:
tranquilo ya el corazón,
disponga el Señor de mí.

AURORA. ¿No escucharás á tu Aurora?

JUANA. ¡No cederás á mi ruego!

¡Nada consigo, está ciego!

AURORA. ¡Mira, padre, cómo llora!
(Señalando á doña Juana.)
¡Padre! (Abrazándose á él.)

JUANA. (Queriendo abrazarle.) ¡Mi dueño!

FERN. (Al ver que Pacheco les rechaza.) ¡El rigor
es injusto!

PACHECO. ¡Yo lo mando!
¡Juana, Aurora, desde cuándo
no soy yo vuestro señor!
(Se separa de su mujer y de su hija, y extiende el brazo en ademán severo hacia la casa. Doña Juana y Aurora inclinan la cabeza dominadas por la autoridad del Conde, y se alejan llorando. Sin embargo, se detienen aún é intentan volver; pero Pacheco las detiene con un gesto enérgico, é indica de nuevo la casa. Entran en ella y Fernando las sigue.)

ESCENA VIII

PACHECO, DON CARLOS y PARREÑO

Pacheco avanza lentamente hasta la verja: se quita el sombrero, que deja en uno de los escalones, y se arrodilla en la misma escalinata. Don Carlos y Parreño aparecen en la esquina de una de las calles, y recatándose observan. La plaza solitaria. Por las ventanas de la casa del Conde se ven pasar algunas luces.

PACHECO. Hijo de Dios, que en la cruz
por nuestras culpas espiras,
tú que en las almas inspiras
cuanto en ellas hay de luz,
ilumina mi conciencia
por el pecado manchada;
te lo pide acongojada
con voces de penitencia.
Como noble respondí
cuando mi honor ultrajaron:
dudas después me asaltaron:
por eso vengo hoy á tí.
Golpeó un sayón tu mejilla

y le ofreciste las dos;
pero eras Hijo de Dios
y yo soy de humilde arcilla.
Si por acaso obré mal,
á mí venga tu castigo;
yo lo espero y te bendigo,
¡oh, mi Padre celestial!
Pero si obré con razón
y fué justo el escarmiento,
da paz á mi pensamiento
y paz á mi corazón.

(Pausa. Pacheco sigue de rodillas. Mientras pronuncia los últimos versos, don Carlos y Parreño se van acercando paso á paso, precediendo siempre éste á aquél, como si le atrajera hacia el Conde.)

¿Dónde tu respuesta está,
que mi mente se arrebata?

PARREÑO. (Poniéndole una mano sobre el hombro.)
¡Aquel que con hierro mata
por el hierro morirá!

PACHECO. (Levantándose y poniendo la mano en la empuñadura de la espada, pero sin desnudarla.)
¿Quién eres tú, vive Dios?

PARREÑO. Quien acompaña á su dueño.

PACHECO. ¿Y aquel del adusto ceño?

PARREÑO. Es el hijo de Quirós.

(Los personajes se hallan en el orden siguiente: Pacheco, en pie, junto á la verja; delante de él, y muy cerca, Parreño; un poco más lejos, embozado é inmóvil, don Carlos.)

PACHECO. (A don Carlos.) ¿Qué quieres de mí?

CARLOS. (Descubriéndose.) ¿Lo dudas?

PACHECO. De todo dudo sin pruebas.

CARLOS. Espada en el cinto llevas.

PARREÑO. ¡De color, Pacheco, mudas!

PACHECO. Este que así se entromete (Señalando á Parreño.)
y me insulta con empeño,
¿viene á ayudar á su dueño
por mi espalda?

PARREÑO. ¡Infame!

CARLOS. ¡Vete!

(Parreño se retira.)

ESCENA IX

DON CARLOS y PACHECO

PACHECO. ¿A qué vienes?
CARLOS. A buscarte,
y excusando alardes vanos
vengo á morir á tus manos,
ó por mi mano á matarte. (Desnuda la espada.)
PACHECO. Há poco me preguntaba,
si al dar á tu padre muerte
obré bien. De alguna suerte
una respuesta buscaba.
Tú me la vienes á dar
con esa espada desnuda;
ella resuelva mi duda,
y cese ya mi dudar.
Dios decida entre los dos,
pues vió morir á tu padre. (Señalando al Cristo.)
Ante Él y su santa Madre
reñiré en juicio de Dios.
Si obré bien, caerás allí
do tu padre cayó herido:
(Indicando la escalinata de la verja.)
si obré mal y soy vencido,
Dios tenga piedad de mí.
CARLOS. Me cansan tantas razones:
ansia tengo de luchar;
vine á morir ó á matar,
y no á escuchar oraciones:
conque afuera la tajante.
PACHECO. Cuenta que fuiste el primero
en desnudar el acero.
Y ahora, Carlos, adelante.
(Desnudada la espada y riñen.)

ESCENA X

PACHECO y DON CARLOS, riñendo; AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO y PARREÑO, desde dentro menos Aurora, que saldrá cuando lo indica el diálogo:

AURORA. ¡Ruído de espadas! (Asomándose al balcón. Después se retira precipitadamente.) ¡Fernando,

madre! (Desde dentro.)

JUANA. (Desde dentro.) ¡Dios mío!

AURORA. (Siempre desde el interior de la casa.) ¡Socorro!
¡Fernando!

FERN. ¡Aurora; ya corro
á salvarle! (También desde el interior.)
(En todos estos versos y aun en el resto del acto, gran rapidez.)

CARLOS. (Acosándole.) ¡Vas luchando
bravamente, buen Pacheco!
¡Nadie así me resistió!

PACHECO. ¡Es que soy Pacheco yo!

CARLOS. ¡Al fin! (Le alcanza una estocada á Pacheco.)

PACHECO. ¡Jesús! ¡Así el eco
resonó la noche aquella!
(Pacheco se lleva la mano al pecho, vacila, deja escapar la espada y cae al fin sobre la escalinata de la verja. En el mismo momento, aparece Aurora en la puerta de la casa y busca á su padre con mirada ansiosa: después ve á don. Carlos. Al mismo tiempo que Aurora, sale precipitadamente Parreño por la izquierda.)

AURORA. ¡Padre del alma! ¡Asesino!
(Los actores quedan en el orden siguiente: Pacheco tendido sobre las gradas y espirante. don Carlos, cerca de él, sin sombrero, con el pelo en desorden y la espada en la mano, clavando su vista en Aurora: ésta mirándole como fascinada: Parreño procurando llevarle.)

PARREÑO. ¡Huyamos!

AURORA. ¡Jesús divino!
(Da algunos pasos; después se detiene como herida por el rayo; pronuncia la precedente exclamación y se lleva la mano á los ojos.)

CARLOS. ¡Es ella, Parreño, es ella!

AURORA. ¡Yo le he visto al matador!
¡Padre! (Extiende los brazos pero sin avanzar.)

PACHECO. ¡Aurora!... ¡ven!... ¡aquí!

AURORA. ¡Sangre!... ¡No veo, hay de mí!
(Da de nuevo algunos pasos y se detiene.)

CARLOS. ¡Ella, Dios santo, mi amor!
(Huye seguido de Parreño.)

ESCENA XI

PACHECO, AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO, CRIADOS, etc.

Doña Juana, Fernando y criados rodean á Pacheco, Aurora marcha sin dirección fija y extendiendo los brazos; después vacila y cae, pero la sostienen las dueñas y doncellas.

JUANA. ¡Pacheco!
FERN. ¡Mortal la herida!
PACHECO. ¡Quiero abrazar á mi Aurora!
AURORA. ¡Padre! ¿dónde estás?... ¡Ahora
voy á tus brazos!
PACHECO. ¡Mi vida!...
¡voy á morir!... ¡y se niega
á mi súplica!
AURORA. ¡No!... ¡Voy!
(Se desprende de las mujeres que la sostienen y avanza, pero al fin se pára, agita los brazos en el aire y se lleva las manos á los ojos.)
¡Ven, Fernando! ¿Dónde estoy?
FERN. ¡Tú, mi bien!... ¡Aurora!... ¡ciega!
(Corriendo al encuentro de Aurora y mirándola con afán.)
AURORA. ¡Me hirió aquel rayo de luz!...
(Con voz desfallecida.)
¡Fué la lámpara del Cristo!
¡Al matador yo le he visto!
(Cae en los brazos de Fernando.)
PACHECO. ¡Ah, perdón... por esa cruz!
(Espira. Los actores quedan divididos en dos grupos. En la escalinata de la verja, Pacheco muerto, á su lado doña Juana: á su alrededor criados. En el centro Aurora desmayada, sosteniéndola Fernando y doncellas. Ninguna luz más que la del retablo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón de arquitectura gótica, elegante y severo. A la derecha, dos puertas. A la izquierda, en primer término, una gran ventana; en segundo término, una puerta.

En el fondo, y como si estuviera labrada en el muro, una capilla con el Cristo que ocupaba el retablo en el primer acto: una pequeña verja delante del Cristo y una lámpara encendida. Al empezar el acto, las dos hojas de la puerta de la capilla estarán abiertas.

Junto á la ventana, un sitial de alto respaldo y talla gótica. A la derecha y en primer término, otro sitial y una mesa. Es de día, al declinar de la tarde.

La escena en Madrid.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JUANA, arrodillada ante el Cristo y llorando.

Eres justicia y amor:
viste morir á mi esposo;
hoy te pide mi dolor
para el que murió, reposo,
pena para el matador.

ESCENA II

DOÑA JUANA y AURORA

Aurora entra por la puerta de la derecha, primer término, y avanza lentamente. Doña Juana sigue de rodillas sin notar la presencia de Aurora.

AURORA. ¿Dónde estás, querida madre,
que el dulce murmullo llega
de tu voz, á mis oídos,
y mis brazos no te encuentran?
JUANA. (Al oir la voz de Aurora, se levanta y cierra con precaución las puertas de la capilla.)
¡Ven, Aurora, mi consuelo!
(Sale al encuentro de Aurora y se abrazan. Pausa.)
¿Por quién olvidé mis penas?
¿Por quién pude resistir
aquella desdicha inmensa?
AURORA. ¡Pobre padre!
JUANA. ¡Qué locura
recordarte!... ¡qué imprudencia!
AURORA. ¿Cuándo nos harán justicia?
¿En qué rincón de la tierra
el infame matador
arrastrará su existencia?
JUANA. Cálmate, Aurora.
AURORA. Há tres años
que aquella trágica escena
ví pasar ante mis ojos,
y en esa bóveda negra,
que va conmigo doquier,
cual si yo su centro fuera,
siempre, siempre la contemplo...
¡y sin embargo, soy ciega!
JUANA. Hija del alma, mi Aurora,
yo te lo ruego, desecha
tales memorias.
AURORA. No puedo;
no puedo aun cuando quisiera.
Aquel Cristo, aquella luz,

mi padre junto á la verja
espirando; el matador,
al aire la cabellera;
los ojos en mí clavados
con espantosa fijeza,
y una espada toda sangre
aún empuñando en su diestra...
¡Extraño mirar el suyo!
¡extraña figura aquella!...
¡Y era hermoso, madre; sí!
¿verdad que no lo creyeras?
Pero, ¡ay! que era la hermosura
del ángel de las tinieblas.

JUANA. ¡Por Dios, Aurora, hija mía!
(Abrazándola con ternura.)

AURORA. ¡Me asaltan tales ideas!...

JUANA. ¡Vendrá Lorenzo!...

AURORA. ¿Qué dices?

JUANA. Y al verte agitada, inquieta,
sentirá que le domina
á su pesar, la tristeza.

AURORA. ¡Entristecerle, Dios mío;
cuando gozosa yo diera,
por evitar una lágrima
á Lorenzo, mi existencia!
Pero ignoras que tenemos
un proyecto: cuando sea
su esposa... ¿Lo seré pronto?
(Se detiene avergonzada.)
Yo lo digo, porque tenga
ese consuelo Lorenzo;
él sufre también sus penas,
según parece, y me jura
que en siendo su compañera,
entre los dos partiremos
las suyas y mis tristezas.

JUANA. Vuestro proyecto, ¿cuál es?

AURORA. Digo nuestro aun cuando sea
mas bien mío; pero al fin,
él noblemente lo acepta.
Aquel que me dé su nombre
á cambio de mi terneza,

hace suyos mis agravios.
(Con gran energía.)
JUANA. ¿En vengar acaso piensa
á tu padre?
AURORA. Me ha jurado
que cuando yo le dijera
«ese fué su matador,»
muerte le dará su diestra.
JUANA. Es Carlos, fiero enemigo:
¡Dios á tu esposo proteja!
AURORA. ¡Ay, si algún día ese hombre
frente á Lorenzo se encuentra!...
¡Olvidas ya su valor
indomable en la pelea!
Yo no le ví: tú le viste
aquella tarde funesta.
Cuando detenido al coche
en una garganta estrecha,
en fuga ya nuestra gente,
solas las dos, sin defensa,
éramos de los bandidos
triste y codiciada presa,
¿quién sobre negro caballo
acude la rienda suelta?
¿quién con la tajante espada
la turba feroz ahuyenta,
la vida nos salva y luego,
obtenida nuestra venia,
á Madrid nos acompaña
modelo de gentileza?
¡Lorenzo, madre, Lorenzo!
Él mi acerbo llanto seca;
él, tesoros de bondad
concede á la pobre ciega...
Pero, ¿qué te estoy diciendo?
¿Qué confusiones son estas?
Quise probar que era bravo
como ninguno en la tierra,
y concluyo por hablarte
de su amor y sus ternezas.
JUANA. ¿Le amas mucho?
AURORA. Por Lorenzo,

cien veces la vida diera.
No tienes celos, ¿verdad?
¿no te ofende mi franqueza?

JUANA. ¡Qué inocente! (Sonriendo y besándola.)

AURORA. No eres tú
como Fernando. Á su vuelta,
cuando á Lorenzo conozca,
¡verás qué enojos me muestra!

JUANA. ¡Pobre Fernando, tal vez
nunca le veremos!

AURORA. Cesa,
madre, por Dios, y no augures
otras desventuras nuevas.

(Se acerca Aurora á la ventana y en ella se detiene.)

JUANA. ¡Por tí, Aurora, nos dejó!

AURORA. ¡No sabes cuánta es mi pena!
¡Haber consentido al fin
en su temeraria empresa!

JUANA. ¡Mucho te quiso, hija mía!
¡fuiste siempre tan severa
con él!

AURORA. Su hermana fuí siempre
cariñosa, siempre tierna.
Mira, madre, ¿ves allí
brillar la rosa bermeja
que Fernando me mandó
al embarcarse en Venecia
para Oriente? Pues en torno
cien flores al aire orean;
cien perfumes se desprenden,
y cien aromas se mezclan
á la emanación sutil
de su corola soberbia.
Sin embargo, yo te juro,
que mis sentidos penetra
sin confundirse jamás
con los aromas y esencias
balsámicas, que en el aire
esparcen sus compañeras.
Pues de este modo, el cariño
de Fernando hasta mí llega,
sin que nunca lo confunda

con tu ternura materna,
ni con el ardiente amor
que Lorenzo me profesa.
¿Por qué se queja de mí?
¿En qué funda sus ofensas?
Es bueno, pero soberbio,
como esa rosa bermeja,
que fué su postrer adiós
al embarcarse en Venecia.

JUANA. ¿Y si hubiese conseguido
su designió? ¿Y si trajera
ese filtro?...

AURORA. ¡Madre, madre,
no hay esperanza en la tierra:
la luz se extinguió por siempre
para mis pupilas ciegas!

ESCENA III

AURORA, DOÑA JUANA y un CRIADO

Por la puerta de la izquierda entra sigilosamente un criado mostrando gran agitación; llama por señas á doña Juana hacia la derecha, y se pone varias veces el dedo en los labios en señal de silencio. Doña Juana le sigue, y quedan ambos á la derecha formando un grupo. Aurora siempre en la ventana y sumida en profunda distracción. Doña Juana y el criado hablan en voz baja.

CRIADO. ¡Doña Juana!... ¡Válgame
la Virgen de la Almudena!...

JUANA. ¿Qué ocurre?

CRIADO. ¡Pues... casi nada!

AURORA. ¿Quién está? (En voz alta.)

CRIADO. Soy yo: Rivera. (Idem.)
¡Silencio!... ¡Que no nos oiga!
(A doña Juana.)
¡Porque... vamos, la sorpresa
pudiera causarle daño!
¡Me dijo que las orejas
me cortaba!...

JUANA. Pero ¿quién?

CRIADO. ¡Quién ha de ser! Ya de vuelta
le tenemos... ¡Qué alegría!

JUANA. ¡Ilusión!

CRIADO. ¡Pues buena es esa!
allí está... ¡tan sólo aguarda!...

JUANA. Él... allí...

CRIADO. ¿Digo que venga?
(Acercándose á la puerta de la izquierda y llamando siempre en voz baja.)
¡Eh! ¡Don Fernando!

JUANA. ¡Dios mío!
(Entra Fernando: él y doña Juana se abrazan con efusión: el criado anda alrededor y observando á Aurora con grandes demostraciones de misterio: Aurora, sin dejar la ventana, vuelve la cabeza.)

CRIADO. ¡Silencio, que nos observa!
(A doña Juana y á Fernando.)

AURORA. (Alguien vino... ¿qué me importa?
no es aquel que el alma espera.)
(Doña Juana y Fernando quedan á la derecha: Aurora en la ventana y pensativa: sale el criado.)

ESCENA IV

AURORA, DOÑA JUANA y FERNANDO

JUANA. ¡Al fin te estrecho en mis brazos!
(Abrazándole de nuevo.)

FERN. ¡Al fin! ¿Y Aurora?

JUANA. ¿La ves?
(Señalando hacia la ventana.)

FERN. (¡Ella!... ¡mi amor!...)
(Hace ademán de precipitarse hacia Aurora, pero se contiene.)
No; después.
¡Aunque me asalte en pedazos
el corazón!
(Pausa. Fernando la contempla apasionadamente.)
¡Cuán hermosa!

AURORA. (Volviendo la cabeza pero siempre de pie al lado de la ventana en actitud melancólica y poética, é iluminada por una luz más viva que la del resto del salón, en el que debe dominar un tinte sombrío.)

Á pesar de la distancia,
inunda toda la estancia
el aroma de esa rosa.

JUANA. (A Fernando en voz baja.)
La que enviaste de Venecia.

FERN. ¿De mí se acuerda?

AURORA. ¡Fernando!

FERN. ¡Mi nombre murmura!

AURORA. ¿Cuándo
volverá? ¿Qué torpe y necia,
y cuán ingrata, en verdad,
fuí, dejando que partiese,
tal vez para que muriese
en lejana soledad!
(Oculta el rostro con el pañuelo para secar el llanto.)

FERN. (Ap.) (Qué importa lo que lloré,
¡qué importa lo que sufrí,
si de tus labios oí
lo que nunca olvidaré! (Pausa.)
¡Aquel desierto sin agua,
sus eternos arenales,
sus hordas y sus chacales,
su horrible calor de fragua!
¡Aquel apartado oriente,
aquella inmensa tristeza,
el reptil en la maleza,
la calentura en la frente!
¿Qué valen, Dios de bondad,
ni qué valen mis dolores,
si el ángel de mis amores
hoy de mí tiene piedad?)

AURORA. Ilusiones no acaricio:
de la luz los rayos rojos,
no volverán á mis ojos
por su noble sacrificio.

FERN. ¡No volverán! ¡Vive Dios,
que muy pronto lo dijiste!
Como eras ciega, no viste
que de nueva ciencia en pos,
al agotar la de aquí,
marché al misterioso oriente,
porque es de la luz la fuente,

¡luz buscando para tí!
(Acercándose á doña Juana y hablándole con creciente exaltación.)
¡Hay yerbas maravillosas
en sus bosques dilatados!
Cuentan que están impregnados
de aquellas luces hermosas
que abrillantan las esferas,
muchas piedras de colores,
los cálices de sus flores
y las pieles de sus fieras:
y que encuentra de esta suerte,
quien ciertos jugos destila,
lumbre para la pupila
y filtros contra la muerte.
Yo sus ciencias estudié;
sus secretos descubrí;
al Indo y al Ganges fuí
y hasta Damasco llegué.
¡El cielo premió mi ardor,
escuchó mi ruego ardiente,
y traigo, Aurora, de oriente
nueva luz para mi amor!

JUANA. Pero ¿es verdad?

FERN. Verdad es.

JUANA. ¡Aurora!...
(En voz alta y precipitándose en un arranque de alegría hacia Aurora, Fernando la contiene.)

AURORA. ¡Madre!

JUANA. ¡Hija mía!...

FERN. Ahora no, que la alegría
es peligrosa. Después.
(Conteniéndola de nuevo.)

JUANA. ¡Alienta, esperanza! (En alta voz.)

FERN. (En voz baja.) (¡No!
fuera un imprudente alarde.)

JUANA. ¿Cuándo?

FERN. Más tarde. (Más tarde:
¡solos... solos... ella y yo!)

AURORA. ¡Fernando!... ¿Dónde estará?
¡Ya nunca más le veremos!

JUANA. En el Señor esperemos;

quizá muy pronto... quizá...

FERN. ¡Silencio! (Conteniéndola.)

AURORA. ¡Qué bien decías!
¡Cuántas veces sin razón
torturé su corazón
y amargué sus alegrías!
¡Ven, Fernando, por Dios, ven!
¡Me mata el remordimiento!

FERN. (¡Estrellas del firmamento,
arcángeles del edén!...)

AURORA. ¿Por qué crece con la ausencia
el cariño?

FERN. (¡Sí, me amaba!
¡Y yo, Dios mío, dudaba
de tu infinita clemencia!
¡Ah, fatalidad, te venzo!
Ya soy dichoso.)

AURORA. (Aplicando el oído.) ¡Un corcel;
el de mi Lorenzo!... Es él.

FERN. (Cogiendo á doña Juana por la mano con violencia y preguntándole con angustia.)
¿Quién es él? ¿Quién es Lorenzo?

JUANA. Con la emoción... la alegría...
advertirte no he podido...

FERN. ¿Quién es *él?* (Con frenesí.)

JUANA. Su prometido.

AURORA. ¡El que adora el alma mía!
(Escuchando con gozo.)

FERN. ¡Ay de mí!...
(Se oprime la cabeza entre las manos y da algunos pasos vacilante. El actor interpretará este momento como crea oportuno.)

AURORA. ¡Cuánto tardaba!

JUANA. ¡Jesús, qué pálido estás! (A Fernando.)

AURORA. ¡Ven, mi Lorenzo!
(Sale por la puerta de la izquierda.)

FERN. ¡No más!
(Se tapa los oídos para no oir á Aurora, y retrocede hacia la derecha.)

JUANA. ¿Qué tienes? (Siguiéndole con afán.)

FERN. ¡Que yo la amaba!
(Cae en el sillón de la derecha.)

ESCENA V

DOÑA JUANA y FERNANDO

JUANA. ¿La amabas?
FERN. Con loco amor;
y que me amaba creí.
Por ella tanto sufrí,
que es disculpable mi error.
Fué torpeza y egoismo;
me engañó mi ardiente anhelo;
pero, ¿á qué subirme al cielo
para arrojarme al abismo?
(Se levanta con nuevo arranque de desesperación.)
JUANA. (¡Pobre Fernando, su pena
el corazón me traspasa!...
¡Mis ojos el llanto arrasa!...)
(Alto y consolándole.)
Calma tu dolor... serena
tu espíritu... ¡Qué egoista
es el corazón humano!
¡Y tú, qué gozoso, ufano,
vienes á darle la vista!...
FERN. (Con terrible ironía.)
¡Sufrir yo cuanto he sufrido,
para que en dulces sonrojos
ella se mire en los ojos
de su amante prometido!
¡No verá á Lorenzo, no;
no verá la luz del día;
vivirá en noche sombría
como siempre vivo yo!
¡Que aprenda Aurora á sufrir;
que no llegue nunca á ver;
á que agote el padecer
de anhelar sin conseguir!
JUANA. ¡Por Dios, Fernando!...
FERN. (Mirando por la puerta de la izquierda.)
¡Ya viene!...
¿en dónde, en dónde me escondo?
De mi razón no respondo.

JUANA. ¡Vamos!...
FERN. ¡Nada me contiene,
si á ese hombre mi vista alcanza!
(Doña Juana y Fernando se dirigen á la puerta de la derecha: en el momento de llegar á ella, aparecen en la puerta de la izquierda, Aurora y don Carlos. Este entra el primero, y por lo tanto de espaldas, sin que Fernando pueda verle el rostro: trae de la mano á Aurora como guiándola. Fernando se detiene un instante y los mira con desesperación, extendiendo los brazos hacia ellos.)
¡En esto viniste á dar
después de tanto anhelar,
ilusión de mi esperanza!
(Salen doña Juana y Fernando.)

ESCENA VI

AURORA; DON CARLOS, con el nombre de LORENZO

CARLOS. ¿Por qué cual bellos despojos
de llanto que antes vertiste,
hoy á mi encuentro viniste
con lágrimas en los ojos?
AURORA. Del pasado me acosaron
recuerdos tan sin piedad,
que contra mi voluntad
las lágrimas me saltaron.
CARLOS. Lo pasado fué torrente
que absorbió el mar de la nada,
la vida está consagrada
al porvenir y al presente.
AURORA. ¡Ay de mí!
CARLOS. ¡Triste suspiro!
AURORA. ¡Mi pobre hermano!...
CARLOS. (Con profunda ansiedad.) ¡Fernando!
¿vuelve acaso? ¿cómo? ¿cuándo?
AURORA. ¡Ya no volverá!
CARLOS. (Respiro.) (Pausa.)
¡Fernando... si... por quien soy,
que es digno de simpatía!

(Pronuncia estos dos versos don Carlos con entonación fría y forzada.)

AURORA. ¡Hoy tienes la voz sombría!
CARLOS. Estás triste y triste estoy.
AURORA. ¡Lorenzo!...
CARLOS. ¿Por qué te asombra
que vaya á tu sér unido,
como el eco va al sonido,
como al cuerpo vá la sombra,
quien cifra en tí su existencia
y de tu cariño vive,
y sin tí sólo concibe,
ó la muerte ó la demencia?
AURORA. ¡Morir, delirar!... ¡Repito
que hoy estás triste!
CARLOS. Lo ignoro.
AURORA. ¿Y es posible?
CARLOS. Ví tu lloro.
y tu tristezas imito.
¿Ves, bajo el líquido velo
de su linfa, cómo el lago
pinta con sumiso halago
sombras y luces del cielo?
¿Le ves brillar con azul
purísimo y trasparente,
cuando de Oriente á Poniente
los aires tienden su tul?
¿Le ves en la noche oscura
negro como el cielo mismo,
imitando aquel abismo,
el abismo de la altura?
Él refleja el rojo sol,
y en sus hondas peregrinas,
él refleja las neblinas
y refleja el arrebol.
Pues como el lago sereno
luz y sombra reverbera
y de la celeste esfera
la imagen lleva en su seno,
¡yo reflejo tu dolor,
yo reflejo tu placer,
y en el fondo de mi sér

llevo el cielo de tu amor!

AURORA. ¡Canto armonioso del alma!
¡cuán dulce tu voz resuena!...
(A don Carlos.)
¡Cómo se ahuyenta la pena,
cómo se torna la calma!
Fácilmente se trasluce
de terso lago el contento,
cuando el azul firmamento
en su linfa reproduce;
mas también en claro día
un cielo azul al hallarse
sin espejo en que mirarse,
¡cuánta pena sentiría!
Si soy cielo, pues así
lo ha ordenado tu deseo,
ese lago en que me veo,
¿dónde está, Lorenzo?

CARLOS. Aquí,
en el alma; y si mirar
quieres en ella clemente,
en su fondo transparente
verás tu imagen vibrar.

AURORA. (Tristemente.)
¡Dices que mire!... ¡Pues yo
sólo miro un negro velo!
Este que llamas tu cielo,
nunca en tus ojos se vió. (Pausa.)
Que eres gallardo, la gente
me asegura.

CARLOS. ¡Vida mía!...

AURORA. Pero agregan, que es sombría
algunas veces tu frente.

CARLOS. Olvida, mi bien querido...

AURORA. Puedo olvidarme de mí;
pero, ¡ay, Lorenzo! de tí,
imposible, no me olvido.
¿Es negra tu cabellera?
¿Es bizarra tu apostura?
¿Hay en tus ojos dulzura?
¡Todo esto saber quisiera!

CARLOS. ¡Aurora!

AURORA. Perdón, mi bien:
ya lo sé; mas con saberlo
no me basta... ¡quiero verlo!
CARLOS. ¿Deliras?
AURORA. ¡Verlo también!
¡La luz, Lorenzo!
CARLOS. ¡No más!
(¡En mi rostro su mirada
ver con espanto clavada!)
AURORA. ¡Verte, Lorenzo!
CARLOS. (¡Jamás!)
AURORA. Escuchar tu voz amante,
adorarte cual te adoro,
y por más que á Dios imploro
no ver nunca tu semblante.
CARLOS. (Acercándose á Aurora y cogiendo su mano con cariño.)
La oscuridad es la calma,
y la luz es la inquietud;
del amor por la virtud
ve directamente el alma,
en misterioso arrebol,
lo que ver nunca podría
con toda la luz del día
y todo el fuego del sol.
Cuando te acercas á mí,
cuando tus manos estrecho,
y el latido de tu pecho
resuena amoroso aquí,
cuando tu sér de esta suerte
se confunde con el mío,
¿de qué me sirve, Dios mío,
la luz del sol para verte?
¡Si es tu espíritu la luz
y á sí propio se ilumina!

ESCENA VII

AURORA, DON CARLOS y FERNANDO

Fernando entra violentamente por la puerta de la derecha, primer término, y se detiene á contemplar el grupo que forman Aurora y don Carlos. Este último se halla de espaldas á Fernando.

FERN. (¡Los dos!... ¡Sí!... ¡Bondad divina,
ven en mi ayuda!
(Procura contenerse; separa la vista de los dos amantes y oculta el rostro entre las manos.)
¡Esta cruz
ya me agobia y dobla al suelo
mis rodillas! ¡No; no más!)
CARLOS. ¿Siempre, siempre me amarás?
AURORA. ¡En la tierra y en el cielo!
FERN. (Echando mano al puñal del cinto, pero sin acabar de desnudarlo y precipitándose sobre don Carlos.)
¡Basta!
AURORA. ¡Su voz!
(Aurora se separa de su amante atraída por la voz de Fernando: don Carlos se vuelve rápidamente; él y Fernando se reconocen; éste último se detiene. En todos estos movimientos simultaneidad y rapidez.)
FERN. (¡Él!... ¡mentira!
¡ilusión de la venganza!)
CARLOS. (¡Él!... ¿Fernando?...)
AURORA. (Alto.) ¡Mi esperanza!
Hacia allí Lorenzo mira,
¡mira por mí, que no puedo!
CARLOS. ¡Yo tampoco puedo ver!
(Ocultando el rostro.)
FERN. (Acercándose á él y en voz baja.)
¡Eras tú!... ¡No puede ser!
CARLOS. (Lo mismo, con desesperada resolución.)
¡Yo soy!
FERN. (Siempre en voz baja.)
¡Carlos!
CARLOS. ¡No; más quedo
si no prefieres morir!

(Cogiéndole por un brazo: Fernando se desprende con energía, retroceden y se miran ambos en ademan colérico. Aurora presta oído atento. Pausa.)

CARLOS. (En voz baja á Fernando.)
¡Salvé tu vida!

FERN. (Idem á don Carlos.) Es verdad.

AURORA. (En voz alta.) ¿Pero quién es, por piedad?

CARLOS. (En voz baja á Fernando.)
¡Hoy la exijo!

FERN. (Idem á don Carlos.) ¡Y yo vivir
quiero como nunca ahora!

AURORA. ¡Pero aquella voz, Dios mío!

FERN. ¡Tu cólera desafío! (En voz baja á don Carlos.)

CARLÓS. (En voz alta, sin poder contenerse.)
¡Fernando!

AURORA. ¡Fernando!

FERN. (En voz alta.) ¡Aurora!

(Marchan Fernando y Aurora, cada uno al encuentro del otro y se abrazan con efusión. Don Carlos queda á cierta distancia inmóvil y aterrado.)

AURORA. ¡Es ilusión del deseo!

FERN. ¡Es albor de un nuevo día!

CARLOS. ¡Y es comienzo de agonía
para tí! (A Fernando en voz baja.)

FERN. (A don Carlos en voz baja.)
¡No: para el reo!
Yo no asesiné á su padre;
yo no he robado su amor.

AURORA. ¡Cuánta dicha!... ¡Y tú, traidor,
nada me dijiste!
(A don Carlos en tono de cariñosa reconvención: éste, al oir la palabra *traidor*, retrocede.)
¡Madre;
madre querida!

CARLOS. Prudente
será, Aurora, prepararla.
(Con afán y procurando conducirla á la puerta de la derecha, primer término.)

AURORA. Es verdad... voy á anunciarla
que su deseo...

FERN. (A Aurora adelantándose.)
¡Detente!

CARLOS. (A Fernando cerrándole el paso y en voz baja, pero terrible.)
¡Silencio!
(A Aurora, llevándosela hasta la puerta.)
¡Pronto!

AURORA. Los dos
aquí esperáis... ¡Qué alegría!
¡Fernando!... ¡y tú, vida mía!
¡Madre, madre, ven por Dios!
(Sale por la puerta de la derecha, primer término. Fernando quiere seguirla. Don Carlos le cierra el paso.)

ESCENA VIII

DON CARLOS y FERNANDO

FERN. Es mi amor esa mujer.

CARLOS. Será cuando más tu anhelo
de su amor el alto cielo
va en el fondo de mi sér.

FERN. Yo lo arrancaré de allí.

CARLOS. Podrás la vida quitarme,
pero su amor arrancarme,
no podrás, Fernando.

FERN. Sí.
De tu espada limpia y ancha
que empaña el brillo sospecho
en buen largo y en buen trecho
una roja antigua mancha.

CARLOS. Y ¿vas á ser de ese modo
un infame delator?

FERN. Para conseguir su amor,
pronto estoy á serlo todo.

CARLOS. Cuando á tu lado luchaba,
cuando mi pecho desnudo
era de tu pecho escudo,
y mi sangre te mojaba,
pudiste decirme allí:
«por la vida que hoy me das
mañana recibirás
todo el mal que quepa en mí.»

¡Tu alma ruín de aquesta suerte
se me muestra agradecida!

FERN. Si allí me diste la vida,
aquí me has dado la muerte.

CARLOS. ¿Qué te robé, que tuviera
antes que yo el pecho tuyo?
Por mi propio bien arguyo,
y arguyo de esta manera:
¡Yo sólo obtuve su amor!

FERN. Mas no pudiste obtenerlo,
que fué infame pretenderlo,
del Conde en el matador.

CARLOS. Si no es tuya su venganza,
ni es suya tu sangre aleve,
en mi daño, ¿qué te mueve?
¿qué, Fernando?

FERN. La esperanza.

CARLOS. Piensas que conseguirás...

FERN. Su cariño.

CARLOS. Empeño vano:
podrá amarte como á hermano,
como á su amante, jamás.

FERN. ¡Sacrifiqué mi quietud
y mi vida por Aurora!

CARLOS. Se adora porque se adora,
mas nunca por gratitud.

FERN. ¡Si al fin sabe tu traición
y la sabe por mis labios!...

CARLOS. Me odiará por sus agravios,
y á tí por la delación.
Imaginas por ruín precio
alcanzar un alma noble,
y tu crimen tendrá doble
escarmiento: odio y desprecio.
Yo le diré la verdad,
que la vida te salvé.

FERN. (Su cariño perderé:
tiene razón: es verdad.)

CARLOS. (Si á infundirle temor llego...)

FERN. (Por más que parezca extraño,
quien procura un desengaño
se hace odioso... ¡Estaba ciego!)

CARLOS. El mal, sólo engendra el mal,
y el deshonor, deshonor,
y ¡á poner vas á tu amor
la traición por pedestal!
¡Quieres su alma conseguir!
¡quieres llegar á su altura!
¡al cielo de su hermosura
soberbio intentas subir!
Pues para volar son malas
tus artes, que de entre lodo,
no sacaron de este modo
el plumaje de sus alas,
ni la tierna y misteriosa
pasajera golondrina,
ni la alondra peregrina,
ni el águila poderosa.
Cuando toma vida el cieno,
brota el reptil de tal fuente,
y sólo cuando explendente
el ancho espacio sereno,
de luz, aire y tintas suaves,
engendra un sér á su hechura,
aparece la hermosura
de las plumas y las aves.
Lo juro por esta cruz:
(Golpeando la empuñadura de la espada.)
tu alma pierde á la que adora:
Aurora, como es aurora,
sólo habita entre la luz.
FERN. (Calma, calma.)
CARLOS. (¡Ya vacila!
¡Alienta, esperanza; alienta!)
FERN. (Si realiza lo que intenta,
¡ay de mí!)
CARLOS. (¡Vaga intranquila
su vista!) (Alto.) Escucha, Fernando.
FERN. Escucha, Carlos.
CARLOS. Dí pues.
FERN. Tú primero.
CARLOS. No, después.
FERN. (Me mira.)
CARLOS. (Me está observando.)

(Pausa. Se expían ambos recelosamente.)

FERN. Que con singular denuedo,
á mi lado combatiste,
que sangre por mí vertiste,
ni he de negarlo, ni puedo;
y pues tuya es la razón,
dispuesto estoy á cumplir
cuanto quieras exigir
por aquella obligación.
¿Qué pides?

CARLOS. Pido la vida:
tu silencio.

FERN. Callaré.

CARLOS. Fernando, te deberé...
(Con efusión y tendiéndole la mano, que Fernando no acepta.)

FERN. Basta ya. ¿Queda cumplida
mi obligación de este modo?

CARLOS. ¡Por la vida que te dí,
cien vidas me das á mí!
¡Todo te lo debo, todo!
¡Dame tu mano... tus brazos!

FERN. No, Carlos, zanjé contigo
mi deuda: soy tu enemigo.
Están ya rotos los lazos
de gratitud y amistad;
y pues lo quiere la suerte,
entre los dos, guerra á muerte
sin descanso ni piedad.

CARLOS. Bien sabe Dios que me pesa
y que quisiera evitarla.

FERN. ¿Prefieres dejar de amarla?

CARLOS. ¡Eso nunca!

FERN. ¡La condesa!

ESCENA IX

AURORA, DOÑA JUANA, DON CARLOS y FERNANDO

AURORA. (A doña Juana.)
¿Con que también lo sabías?
¿Con que todos me ocultaban,

que á traición se me acercaban
esperanzas y alegrías?

FERN. ¡Gozar quise en tu sorpresa!

JUANA. Yo prevenir tu emoción.
(Aurora espera un momento, y presta el oído aguardando que Lorenzo diga algo.)

AURORA. Lorenzo, ¿por qué razón
nada me dices? ¿Te pesa
mi felicidad?

CARLOS. No á fe.

AURORA. Ven... más cerca... más... tu mano;
la tuya también, hermano.
(Coge una mano á don Carlos y otra á Fernando. Pausa; después suelta las dos manos tristemente.)
Hay en ambos no sé qué. (Nueva pausa.)

CARLOS. No debe el alma mecerse
con excesiva confianza
en delirios de esperanza
que pueden desvanecerse;
pues en el mundo traidor,
muchas veces, vida mía,
lo que comienza alegría
suele terminar dolor.

FERN. No debe el alma entregarse
á una desconfianza ciega,
entre tanto que no llega
el desengaño á tocarse:
que en el mundo, hermana mía,
aunque dicen que es traidor,
lo que comienza dolor
suele acabar alegría.

AURORA. Os confieso, á mi pesar,
que no logro comprender,
ni por qué debo temer,
ni por qué debo esperar.
¡Es completa mi ventura,
gracias al benigno cielo!

FERN. (En voz baja á Aurora.)
(Que á tu dicha en este suelo
nada falta, ¿estás segura?
¡Mira bien!)

AURORA. (Idem á Fernando.) ¡No puedo ver!

FERN. (A Aurora.)
(¿Ver no puedes? Pues te falta
la preeminencia más alta
quizá del humano sér
en esta vida terrena.)
CARLOS. (¿Qué están hablando los dos?)
FERN. (En voz baja á Aurora.)
¿Dónde está la luz de Dios,
que todo el espacio llena?
AURORA. ¡Basta; no me martirices!
(En voz baja á Fernando.)
FERN. ¡Quieres ver! (A Aurora.)
AURORA. (A Fernando.) ¡Delirio vano!
FERN. ¡Es realidad! (A Aurora.)
AURORA. ¡Calla, hermano!
FERN. ¡Es evidencia!
AURORA. ¿Qué dices?
JUANA. (¡Cómo los mira!) (Observando á don Carlos.)
CARLOS. (Mirando á Fernando.) (¡Ay de tí!)
(A doña Juana en voz baja.)
(¿Qué hablarán los dos?)
JUANA. (A don Carlos en voz baja.) (Tal vez
recuerdos de la niñez
evocan.)
FERN. (¿Lo quieres?
AURORA. (A Fernando.) Sí.
FERN. Es preciso que nos deje
Lorenzo. (A Aurora.)
AURORA. (A Fernando.) ¿De qué manera?
FERN. ¡No lo sé!) (A Aurora.)
CARLOS. (En voz alta.) ¡Fernando!
FERN. (Idem.) Espera.
AURORA. (A Fernando en voz baja.)
Yo haré que al punto se aleje. (Pausa.)
El exceso del placer
cual del dolor el exceso,
nos abruma con su peso:
me siento desfallecer.
Lorenzo, dame la mano...
acércame á esa ventana...
(Don Carlos la conduce á la ventana y la hace sentar en el sitial.)

¡Aire quiero!... (¡Y luz mañana!)
¡Venid!... ¡mi madre!... ¡mi hermano!
¡Los tres!... ¡más cerca de mí!
(Queda Aurora sentada junto á la ventana. Detrás, doña Juana, don Carlos y Fernando, rodeándola; el salón, envuelto en sombras; la ventana, iluminada por los últimos rayos del sol.)
¡Cuánta dicha!... ¡De esas flores
los balsámicos olores
siento que llegan aquí!...
¡Siento el soplo de la tarde!
¡Y siento sobre mi frente
los rayos del sol poniente!
(Con dulce resignación.)
¡Si no brilla, al menos arde
y me presta su calor!...
¡Siento en fin, dentro del alma
luz, aromas, brisa, calma!...
¡Es que siento vuestro amor!...
(Con expresión de ternura: doña Juana la abraza enternecida; ella estrecha la mano á don Carlos y después á Fernando. Pausa.)
¿Dije aromas?... Sobresale
entre todos uno...: sí.
¿Llega á tí, Lorenzo, dí?
¡No hay aroma que le iguale!
¡Es ella... mi preferida!
(A don Carlos.) ¿La ves en aquella reja?
(A Fernando.) Es, ¡ay! tu rosa bermeja
que te da la bienvenida:
(Con expresión de capricho infantil.)
Quisiera tenerla.

CARLOS. Iré...

AURORA. ¡Eres tan galante!

CARLOS. ¡Aurora!...

AURORA. (Disculpándose con infantil humildad.)
Es un capricho...

CARLOS. Que ahora,
al punto satisfaré.
(Don Carlos hace un movimiento para marchar, Fernando le mira con sonrisa irónica; aquél se detiene y se acerca á éste. En voz baja á Fernando.)

¡Bien arguyo del comienzo
pues que arranco aquella flor!

FERN. (Id. á don Carlos riendo.)
Para dársela á mi amor.

CARLOS. (¡Es verdad!)

AURORA. ¿No vas, Lorenzo?

(Sale don Carlos por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X

AURORA, DOÑA JUANA y FERNANDO

Al salir don Carlos, se levanta Aurora precipitadamente, coge por la mano á Fernando y dan algunos pasos, alejándose de la ventana: doña Juana los sigue; los tres forman un grupo estrechamente unido: en el diálogo gran rapidez.

AURORA. Repite lo que há un instante (Con ansiedad.)
me decías.

FERN. ¿Quieres ver?

AURORA. ¡Ver el sol! Y ¿puede ser?
Y ¿será cierto?

FERN. ¡Delante
lo juro de aquella cruz!
(Señalando la capilla.)
¿Confianza tienes en mí?

AURORA. ¡Si tengo confianza!

FERN. Sí.

AURORA. ¡Fernando, pronto, la luz!

JUANA. Calma tus afanes. (A Aurora.)

AURORA. Madre,
la esperanza me enajena:
pero ¿ves? estoy serena.
(Se acerca á Fernando y sigue con creciente ansiedad lo que dice.)

FERN. El cadáver de tu padre,
de sangre el rojo torrente,
la vista del matador,
de la luz el resplandor
hiriéndote de repente,
asaltaron tu pupila
y de horror la contrajeron,

pero no la destruyeron.

JUANA. ¡Por Dios, hija!...

AURORA. Estoy tranquila.

(Separando á su madre dulcemente y acercándose más á Fernando.)

¡Sigue... sigue... por la cruz!

FERN. Filtros para dilatar
tus pupilas pude hallar
allí do nace la luz.

AURORA. ¡Dios del alma! (Con arrebato de alegría.)

FERN. Y voy á ver
en tí, que mi pecho adora,
en tí, de mi cielo Aurora,
¡nuevo sol amanecer!

AURORA. (Separándose de él y dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

¡Lorenzo, Lorenzo!...

FERN. (Procurando detenerla.) ¡Calla!

AURORA. ¿Qué dices?

FERN. Debe ignorarlo.

AURORA. ¡A mi Lorenzo ocultarlo!
¡De dicha mi pecho estalla,
y esta suprema alegría
no he de dividir con él!

FERN. ¡Hermana!

JUANA. ¡Aurora!

FERN. ¡Crüel!

AURORA. Mi Lorenzo, ¿qué diría?

FERN. Ha de oponerse...

AURORA. ¡Los dos
este instante me amargáis,
cuando así le calumniáis!
¡Ven, Lorenzo, ven, por Dios!

ESCENA XI

AURORA, DOÑA JUANA y FERNANDO; DON CARLOS, con una flor en la mano: Aurora, al oirle, tiende hacia él los brazos.

CARLOS. ¿Qué tienes, Aurora mía?
FERN. ¡Detente! (A Aurora.)
AURORA. Lo he de decir:
quiero con él dividir
el dolor y la alegría.
Lorenzo, dale tu mano,
(Señalando á Fernando.)
y dale tu corazón:
yo te diré la razón,
¡él es tu amigo, tu hermano!
¡Le vas, Lorenzo, á deber
más que la vida!
CARLOS. ¡Qué escucho!
(Se acerca á Fernando; éste se para, mirándole irónicamente.)
JUANA. (A don Carlos.)
¡Mucho le debes!
AURORA. ¡Sí, mucho!
¡Porque al fin te voy á ver!
(Se acerca á don Carlos en un momento de alegría; éste la rechaza: da algunos pasos vacilantes, y muestra claramente en todos sus ademanes el estupor que le domina. El actor interpretará, sin embargo, esta situación como crea oportuno.)
CARLOS. ¿Vas á verme, Aurora?
AURORA. ¡Sí!
¡En su anhelo generoso,
un filtro maravilloso
ha encontrado para mí!
CARLOS. ¡Espera! ¡No te comprendo!
AURORA. ¡La luz, Lorenzo!
CARLOS. ¡Deliro!
¡Dices luz y sombras miro
do quiera la vista tiendo!
JUANA. (Acercándose á don Carlos y cogiéndole la mano.)

¡Verá la luz, Dios clemente!

AURORA. Fijaré en tí la mirada.

(Acercándose también á don Carlos y hablándole al oído.)

FERN. Yo la palabra empeñada
cumplo religiosamente:

(Acercándose á su vez á don Carlos y hablándole en voz baja y sarcástica.)

¡Doy la luz y nada más!

AURORA. ¡Lorenzo, mi bien, mi amor,
al fin te veré!

(Aproximándose á don Carlos de nuevo y hablando con voz apasionada.)

CARLOS. (A cada personaje que se acerca retrocede, huyendo con espanto de lo que oye.)

¡Qué horror!
¡Ella... mi Aurora... jamás!

(Cae desplomado en el suelo: todos le rodean.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

AURORA, DOÑA JUANA y FERNANDO

Doña Juana, sentada en el sillón próximo á la mesa de la derecha: á su lado, de pie, Fernando. Aurora en la puerta de la derecha, segundo término, escuchando con atención. Es de noche: sobre la mesa una lámpara. El salón envuelto en grandes sombras, la puerta de la capilla cerrada.

AURORA. Nada se oye: al fin reposa.
(Se aproxima á su madre.)
JUANA. Puesto que vela Fajardo
junto á Lorenzo, debieras
tú también algún descanso
dar al cuerpo dolorido
y al espíritu angustiado.
AURORA. ¿Para qué, madre? Soy fuerte,
y esta noche empeño vano
fuera buscar el reposo
antes de haber agotado,
ó de la dicha el placer,
ó el dolor del desengaño.
FERN. No temas, hermana mía,

y ten confianza.

AURORA. ¡Fernando!

FERN. En la noche de tus ojos
y en la noche del espacio,
presto rasgará las sombras
un mismo sol con sus rayos.
Y en verdad que el nuevo día
tendrá por afortunado,
en oriente dos auroras
y un sol no más en ocaso.

JUANA. ¡Dios te escuche!

FERN. Le pedí
con el alma, y me ha escuchado.

JUANA. ¿Es infalible el remedio?

FERN. El su virtud pregonando,
al viajero se presenta
que cruza el confín asiático.

JUANA. ¿Tú viste?...

FERN. Ví con mis ojos,
y hasta toqué con mis manos.
(Pausa. Aurora se aproxima á su madre y ambas escuchan con interés.)
Rodaba sus turbias aguas
inmenso el Ganges sagrado
entre bosques de palmeras
y laureles aromáticos.
Al pie de algún bananero
maullaba el tigre, y el rastro
del cocodrilo en la orilla
conservaba el limo blando.
Era de noche: las sombras
cobijaban con su manto
las aguas del sacro río,
las selvas del suelo indiano,
y adivinaba el espíritu
en aquel nocturno cáos
del misterioso infinito
el aliento soberano.
¡Doquiera la inmensidad,
lo enorme, lo ilimitado!
¡El boabad, el elefante,
el Himalaya, el Oceano! (Pequeña pausa.)

En un bosque de bambús,
tapizando un ancho claro,
flores de humilde apariencia,
y cálices azulados,
dulcemente dormitaban
sobre sus flexibles tallos.
¡Noche de aromas y brisas,
y de rumores lejanos!
Al fin llegó la mañana
por el Oriente inflamado,
inundó las florecillas
el sol con sus puros rayos,
y al punto todos aquellos
cálices antes cerrados,
se abrieron bajo el influjo
maravilloso del astro.
Tus bellos ojos, Aurora,
son cálices azulados,
que dormitan dulcemente
también sus hojas plegando.
De aquel sol los resplandores
en un filtro he condensado,
el jugo de ciertas plantas
cuidadoso destilando,
y presto verás, bien mío,
flor dormida sobre el tallo,
al influjo prodigioso
de la luz el cielo indiano,
dilatarse tus pupilas,
cual las flores dilataron
sus corolas, al llegar
del sol los primeros rayos.
¡Ojos azules, abrid
vuestros cálices, que os traigo
la luz aquella de Oriente
en este filtro encantado!

AURORA. ¡Si fuera verdad, Dios mío!

JUANA. ¡Si fuera verdad, Dios santo!

AURORA. ¡Tanta dicha me enagena!

FERN. Me ofende sólo el dudarlo.
Infundiros quise fe,
pero á mí no me ha bastado;

su virtud maravillosa
que doquiera me ensalzaron,
por mí mismo puse á prueba
á mi regreso á Damasco.

AURORA. ¿Será esta noche?

FERN. ¡Será!

JUANA. ¿Por qué tan pronto? Aguardando
á mañana...

AURORA. ¡Madre, no!

JUANA. ¡El cielo nos dé su amparo!

ESCENA II

AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO y PARREÑO;
éste último, con el nombre de FAJARDO

Sale Parreño por la derecha, segundo término, con una luz
en la mano.

JUANA. ¿Y Lorenzo? (A Parreño.)

PARREÑO. Vuelto apenas
de su penoso letargo,
mandóme llevar la luz,
y obedezco su mandato.
(Deja la luz sobre la mesa.)

AURORA. ¿Está más tranquilo?

PARREÑO. (En tono brusco.) No.

AURORA. ¿Pronuncia mi nombre?

PARREÑO. Claro.

AURORA. ¿Y qué dice?

PARREÑO. (Impaciente.) No lo sé.

AURORA. ¿Suspira?

PARREÑO. Suspira á ratos.

JUANA. ¿Habla?...

PARREÑO. (Bruscamente y mostrando enojo por el interrogatorio.)
Poco, y jura mucho.

FERN. Y ¿no llama?

PARREÑO. Sí: á los diablos.

JUANA. ¿Escucharle no pudiste?...

PARREÑO. No es oficio de... Fajardo

sorprender en el delirio
los secretos de sus amos.

AURORA. ¿Qué secretos? No hay ninguno.

PARREÑO. Tanto mejor: en tal caso,
ni pudo decir él nada,
ni yo tampoco contarlo.

AURORA. El contento, la emoción,
su espíritu trastornaron,
y al peso de tanta dicha
cedió mi Lorenzo amado.

PARREÑO. Pues por lo visto, el señor,
que es en todo extraordinario,
tiene triste la alegría.

JUANA. Dice bien el buen Fajardo. (Pensativa.)

PARREÑO. ¿En qué digo bien?
(Volviendo sobre sí.)

JUANA. ¿En qué?
En observar que es extraño...

PARREÑO. ¡Extrañar!... No extraño nada,
ni aún habiéndolo extrañado,
lo dijese á voz en cuello
como cualquier mentecato.
Soy ya viejo, he visto mucho,
y sé que al hombre más bravo
eso que llaman amor
hace cobarde y menguado.
¡Él... Lorenzo... que es capaz
de emprenderlas con el diablo
á cuchilladas!... ¡Por vida
de Barrabás!... ¡un desmayo!
(A Aurora.) Podéis estar orgullosa:
bien le habéis domesticado.

FERN. ¡Ese lenguaje modera!

AURORA. Sigue, sigue, buen anciano.

JUANA. ¡Pero, Aurora!...

AURORA. Sus palabras
no me enojan: al contrario,
ellas me prueban su amor.

CARLOS. ¡Fajardo!... (Desde dentro.)

AURORA. (A Parreño.) ¡Escucha!

CARLOS. (Desde dentro.) ¡Fajardo!...

PARREÑO. ¡Válgame Dios! Otra vez

al león encadenado
le empieza la calentura.
Voy al punto...
(Sale llevándose una luz.)

FERN. (A Aurora.) Es necesario
aprovechar los momentos.
Retírate: algún descanso
toma, y después...

JUANA. Ven, Aurora.

AURORA. ¿Y después?

JUANA. (Pensativa.) (¡Es muy extraño!)

AURORA. ¡La luz!

FERN. La luz: te lo juro.
¡Vete! (Dulcemente y conduciéndola.)

AURORA. Obedezco. Entre tanto
tú velarás por Lorenzo.

FERN. Por él quedaré velando.
(Salen Aurora y doña Juana por la derecha, primer término.)

PARREÑO. (Entrando de nuevo por la derecha, segundo término.)
(A Fernando.) ¡Quiere marcharse! ¡Mejor!
¡algún ángel le ha inspirado!
La espada... el sombrero... todo...
(Recogiendo, á medida que habla, éstos varios objetos.)

CARLOS. ¡Fajardo!...

PARREÑO. ¡Ya voy!...

CARLOS. (Con voz colérica.) ¡Fajardo!...
(Sale Parreño.)

ESCENA III

FERNANDO

¡Pobre Aurora! Anhela ver,
y así conspira en su daño
sin llegarlo á comprender,
que el dolor del desengaño
será su primer placer.
Hoy vive en la oscuridad,

y es dichosa, aunque delira:
¿por qué busca la verdad,
si en una hermosa mentira
está su felicidad?
¿Por qué tan loca pasión
y tan ciego frenesí?
¿De qué sirve la razón?
¿Ó es que la llama hacia sí
del abismo la atracción?
¡Qué importa! Quiero alcanzar
el amor de esa mujer,
y no voy á investigar
si es preferible saber
ó es preferible ignorar.
Y después que muera en tí
el amor que es hoy tu vida,
y que tanto aborrecí,
¿tendrás, Aurora querida,
algún amor para mí?
No lo sé; mas por mi honor,
que no dudo ni un instante:
antes de verte, ¡oh, dolor!
en los brazos de otro amante,
muerta te quiere mi amor.

ESCENA IV

FERNANDO, DON CARLOS y PARREÑO

Don Carlos entra por la derecha, segundo término: viene embozado y cubierto, y marcha lentamente: á veces se para, Parreño le sigue. Fernando se retira, de suerte que no le vean y observa los movimientos de don Carlos. Puede, sin embargo, retirarse como en observación, mientras dura el monólogo de don Carlos, al fondo de la ventana.

CARLOS. Sígueme. (A Parreño.)
PARREÑO. Ya sigo.
FERN. (Viene...) (Retirándose.)
CARLOS. (Sin moverse.)
Salgamos pronto de aquí. (Pausa.)

Aurora descansa allí.
¡Aurora!...

PARREÑO. ¿Qué te detiene?

CARLOS. ¿Y tú me preguntas?... Nada. (Pausa.)
¿Cómo sostener podría
de la dulce prenda mía,
frente á frente la mirada?
(Da algunos pasos para salir; después deja caer el embozo, inclina la cabeza y queda un momento en silencio.)
¡Nunca á mi lado estará,
encanto de mis sentidos!
¡su voz nunca en mis oídos
con amor resonará!
¡No más dulcísimo alarde
de mezclar nuestros alientos;
no más tiernos juramentos
al declinar de la tarde!
¡No me esperará mañana
de amor el pecho inflamado,
bajo el contorno calado
de esa gótica ventana!
¡No la veré, Dios clemente,
hermosa como ninguna,
la blanca luz de la luna
sobre la pálida frente!
¡Pasarán hora tras hora,
horas de eterna agonía,
y tras un día otro día...
todos, todos... sin *Aurora!*
¡De tu hermosura jamás
vendrán á mí los reflejos,
que siempre lejos, muy lejos
de tu Lorenzo estarás!
(Pausa: oculta el rostro entre las manos.)
Dicen que he sido traidor,
que de sombras me rodeaba...
¡pero yo no te engañaba,
que era infinito mi amor!
¡Hoy la luz, sello infamante,
se clava sobre mi frente,
y verás al delincuente

en vez de ver al amante!
Si del cielo el resplandor
sólo nos muestra en la tierra
infamia, traición y guerra,
al criminal vencedor,
y al inocente en la cruz,
¿para qué hiciste, Dios mío,
más bien que benigno, impío,
tanto sol y tanta luz?

PARREÑO. ¿A qué te quejas en vano?
Ven pronto.

CARLOS. Espera, Parreño.
¡Y todo habrá sido un sueño!

PARREÑO. Ese recuerdo liviano
quizá el tiempo desvanezca.
Salgamos pronto de aquí.

CARLOS. Dices bien, Parreño, sí:
no quiero que me aborrezca.
(Se dirigen ambos á la puerta de la izquierda; don Carlos se detiene y queda contemplando el sitial que se halla junto á la ventana.)

PARREÑO. (En su rostro lleva impreso
del dolor sello fatal.)

CARLOS. (¡En este mismo sitial
robé á sus labios un beso!)
(Alto á Parreño.)
¡Perderla! Y ¿tú lo pensaste?
¡Marcharme! Y ¿tú lo dijiste?
¡pues vive Dios que mentiste
ó cual necio te engañaste!
(Arroja la capa y el sombrero.)

PARREÑO. ¿Qué intentas?

CARLOS. Mi frenesí
nada escucha, á nada cede,
¡que el mundo entero no puede
arrancármela de aquí!
(Golpeándose el pecho.)

FERN. (Presentándose en el hueco de la ventana.)
Pero en cambio podré yo.

CARLOS. ¡Fernando!
(Pausa: se contemplan con ira reconcentrada.)

PARREÑO. ¡Prudencia ten!

(En voz baja á don Carlos.)
CARLOS. ¡Fernando, piénsalo bien!
¡Cede, te lo ruego!
FERN. No.
CARLOS. ¡Luchar pretendes conmigo,
y no tiemblas al mirarme!
FERN. No es mi costumbre asustarme
al mirar á mi enemigo.
PARREÑO. ¡Por Dios!
CARLOS. Déjame, Parreño.
PARREÑO. ¡Por Dios!
CARLOS. Vete.
PARREÑO. (En voz baja á don Carlos.) (Fuera estoy,
y ya lo sabes, yo soy
de mi señor y mi dueño.) (Vase.)

ESCENA V

DON CARLOS y FERNANDO

CARLOS. Si ver en mi alma pudieras,
si mi angustia adivinaras,
yo bien sé que te espantaras
(Con acento triste.)
ó compasión me tuvieras.
(Cambiando de tono y conteniéndose.)
Yo no quisiera ofenderte...
yo no quisiera irritarte...
¡dí si hay modo de apiadarte
ya que no de convencerte!
Si en mi ciego aturdimiento,
si en mi estilo de soldado,
pude algo haber pronunciado
que te ofenda... me arrepiento.
¿Lo ves? ¡pido compasión!
De soberbio no me tildes:
busco palabras humildes
que ablanden tu corazón.
¡Contempla aquí mi altivez
humillada á su despecho:
mira mi sangre del pecho

afluyéndome á la tez!
¡Yo, don Carlos de Quirós,
de Italia espanto y de Flandes,
yo el más grande entre los grandes,
perdón te pido, por Dios!
(Oculta el rostro entre las manos y dobla el cuerpo rendido y quebrantado.)

FERN. Modera, Carlos, tu afán,
y calma tu frenesí:
ni ofensas tengo de tí,
ni á tenerlas fuera tan
insensible á tu dolor,
que olvidarlas no quisiera;
mas la causa existe entera,
puesto que existe tu amor
y que es mi sola esperanza
esa mujer en la vida,
de esta lucha maldecida
á que el destino nos lanza.
(Hace un movimiento para salir.)

CARLOS. ¡No te marches! ¡Irás luego!
(Deteniéndole con ademán y voz suplicante.)
¡Escucha, Fernando, escucha,
que aunque tu pasión es mucha,
has de ceder á mi ruego!
Tu alma noble y generosa,
(Con voz persuasiva.)
tu suprema inteligencia
exploraron de la ciencia
la región maravillosa.
¡La alquimia... y el astrolabio...
piedras... plantas... teología...
la humana filosofía...
todo!... ¡En fin, eres un sabio!
Para tí, ¿qué es el amor?
un capricho, un desvarío;
fiebre, cansancio y hastío:
¡una forma del dolor!
¡A tí te darán consuelos,
si te venzo en esta guerra,
con sus portentos la tierra,
con sus asombros los cielos!

En cambio, ¿qué vengo á ser?
(En tono cada vez más suplicante.)
No más que un rudo soldado.
De todo, ¿qué me ha quedado?
¡El amor de esa mujer!

FERN. (Con profunda ironía.)
Mi ciencia, que al fin no es mucha,
fuera ciencia de pedante,
si tú, con ser ignorante,
vencieses en esta lucha.
Ni con asombros los cielos,
ni con portentos la tierra,
pueden mitigar la guerra
de mi amor y de mis celos.
¡Mil alquimias y astrolabios,
piedras, plantas, teología,
tierra y cielo yo daría
por un beso de sus labios!
Si esa mujer es la estrella
de tu vida y tu esperanza,
tampoco á mí se me alcanza
cómo he de vivir sin ella.
¡Conque cesa de gemir,
y entiende, por Belcebú,
que has de cedérmela tú,
ó yo la he de conseguir!

CARLOS. Y ¿todo es inútil? (Con ira.)

FERN. Todo.

CARLOS. ¿No cedes? (Con ira reconcentrada.)

FERN. ¡Ceder... por Cristo!

CARLOS. ¡Con qué placer me habrás visto
arrastrarme por el lodo!
¿Lucha quieres?

FERN. ¡Lucha quiero!

CARLOS. ¿Sin tregua?

FERN. ¡Sin compasión!

CARLOS. Antes te habló el corazón:
¡ahora te hablará el acero!
(Desnuda la espada con fiereza.)
¡Ruin astrólogo, tu ciencia
te valga aquí y tu coraje,
que este es el solo lenguaje

que hablo yo con elocuencia!
FERN. ¿Reñir pretendes?
CARLOS. ¿Lo dudas?
FERN. ¡Mucho en tu valor confías!
CARLOS. Muy poco en el tuyo fías,
pues la espada no desnudas.
FERN. (Con ironía.)
¿Discurres matarme? (Con calma.) Y ¿qué
dirás cuando Aurora venga
y ensangrentado detenga
mi cuerpo su leve pie?
CARLOS. Que yo la muerte te dí.
FERN. ¿Y serán la causa?
CARLOS. Celos.
FERN. (Dando una carcajada.)
¿Pues no está, viven los cielos,
mal pensado? Pero así
has de ser, mal que te cuadre,
á los ojos de tu Aurora,
mi asesino.
CARLOS. Si ella ignora
que lo he sido de su padre,
voy ganando, ¡vive Dios!
la diferencia que media
entre Lorenzo de Heredia
y don Carlos de Quirós.
Y pues al fin en mi mano
sangre tiene que tocar,
la del padre he de borrar
con la sangre del hermano.
Grande será su dolor,
mas toda mujer perdona
un crimen, cuando lo abona
el delirio del amor.
FERN. ¡Va discurriendo el soldado
cual doctor de Salamanca!
CARLOS. Sin embargo, no te arranca
esa espada del costado.
FERN. ¿Quién hay que á tanto resista?
CARLOS. ¿Riñes?
FERN. Sí, pero no ahora.
CARLOS. Pues, ¿cuándo?

FERN. Cuando á mi Aurora
haya devuelto la vista.
CARLOS. No abrigues esa ilusión.
FERN. (Irónicamente.)
Sin embargo, de eso trato.
CARLOS. Y yo, Fernando, te mato...
FERN. (Lo mismo.)
¿De veras?
CARLOS. ¡Sin compasión!
FERN. ¿Y bien?...
CARLOS. (Amenazándole.) ¡Defiéndete!
FERN. ¡Hiere!
(Presentando el pecho, pero retrocediendo hacia la capilla. Entra Parreño y se acerca por la espalda á don Carlos.)
CARLOS. ¡Mira que mi sangre arde!
FERN. ¡Toma mi vida!
CARLOS. ¡Cobarde!
FERN. ¡La muerte aguardo!
CARLOS. ¡Pues muere!
(Don Carlos se precipita sobre Fernando; éste abre las dos puertas de la capilla y presenta el pecho á la espada de su enemigo. Parreño sujeta el brazo á don Carlos.)
FERN. A Dios pongo por testigo
de la muerte que me das.
PARREÑO. No, Carlos, no matarás
á un indefenso enemigo.

ESCENA VI

AURORA, DON CARLOS, FERNANDO y PARREÑO

AURORA. Fernando, la noche pasa.
FERN. En cambio, llega la aurora.
AURORA. ¿Con quién hablabas ahora?
FERN. Con Fajardo.
(A don Carlos, en voz baja.)
(¡Pues fracasa
tu proyecto!)
PARREÑO. (¡Entra, señor!...)

CARLOS. ¡Aquí, no!
PARREÑO. Se va acercando.
(Don Carlos intenta retroceder, pero Aurora avanza hacia ellos, y Fernando y Parreño le obligan á entrar.)
FERN. (A don Carlos, en voz baja.)
(Vaya á solas consultando
al testigo el matador.)
(Entra don Carlos en la capilla, y cierran Parreño y Fernando las puertas.)
AURORA. ¿Y Fajardo?
(Con cierta desconfianza.)
FERN. (En voz baja.) (Date priesa,
y habla.)
PARREÑO. (Con mal humor.) (Yo no sé fingir.)
¿Qué mandáis? (En voz alta.)
AURORA. Nada.
FERN. (En voz baja.) (¡Haz venir
al instante á la condesa!)
(Sale Parreño por la puerta de la derecha, primer término.)

ESCENA VII

AURORA y FERNANDO

AURORA. ¿Y Lorenzo?
FERN. Meditando
sin duda está en sus deberes,
que entiende al fin.
AURORA. (Con enojo.) ¡No le quieres!
¡tú no le quieres, Fernando!
Sus deberes, ¿cuáles son?
FERN. (¡Con mil tempestades lucho!)
AURORA. El primero, amarme mucho
con todo su corazón:
y, ¿no me ama?
FERN. (¡Cruel porfía!)
AURORA. El segundo... yo no sé;
pero pienso por mi fe,
que es amarme todavía.

El tercero... y los restantes...
y todos, en conclusión,
resultan que al cabo son
los mismos que fueron antes.
(Con malicia infantil.)
Y hallamos, ¡bondad divina!
hecho ya nuestro recuento,
que sólo hay un mandamiento
del amor en la doctrina.

FERN. ¡Basta, Aurora! (Con enojo.)
El tiempo pasa.

AURORA. ¡Pongo mi confianza en tí!

FERN. ¡Sígueme!

AURORA. Fernando, sí,
que la impaciencia me abrasa.
(¡Del cielo la claridad, (Deteniéndose.)
la luz del sol voy á ver,
y casi siento perder
esta triste oscuridad.)

FERN. Llega el instante, ven.

AURORA. Sí.
(Adiós, noche en que he vivido,
y en que tan dichosa he sido;
aún puedo volver á tí,
de mis venturas comienzo,
si tales son mis antojos,
(Con cierta malicia.)
con sólo cerrar los ojos
y dar mi mano á Lorenzo.)

ESCENA VIII

AURORA, DON CARLOS y FERNANDO

Aurora y Fernando se dirigen á la derecha: don Carlos sale de la capilla, cerrándose después las puertas.

CARLOS. ¡Aurora!
(Aurora se detiene al oir la voz de don Carlos, volviéndose hacia él. Fernando procura retenerla.)

FERN. (Viniste tarde,
que es mía su voluntad.)

(Aurora se desprende de Fernando, y don Carlos y ella se acercan uno á otro con afán: movimiento de despecho de Fernando y de alegría de don Carlos.)

AURORA. ¿Se acerca la claridad
del día?

CARLOS. (Sombrío.) No; ni el sol arde.
Aquí... ¡tan sólo esa luz,
y dentro de la capilla
(Mirando hacia atrás, con cierto terror supersticioso.)
una lámpara que brilla
ante el Cristo de la cruz!

AURORA. ¡Siempre noche en derredor!

CARLOS. Siempre noche, y poco importa,
¡que aun eterna fuera corta
para nuestro inmenso amor!

AURORA. ¡Es que quiero tu semblante
ver, Lorenzo!

CARLOS. Empeño vano:
todo rostro es un arcano:
¡ves el alma, y es bastante!
(Movimiento de Aurora.)
¡Ay, Aurora, no codicies
de mi cariño otra prueba
que en la que en sí mismo lleva!
¡ilusiones no acaricies!
¡el sol de la creación
podrá alumbrar todo un mundo,
mas no alumbrará el profundo
abismo del corazón!
¡Yo soy tu felicidad;
yo soy la dicha y la calma;
soy el reposo del alma
en la eterna oscuridad!
(Aurora se deja atraer dulcemente por don Carlos.)

FERN. ¡Y luché cuanto he luchado,
y sufrí cuanto he sufrido,
y todo habrá inútil sido,
porque un loco enamorado
asalte tu fantasía
y oprima tu corazón!

AURORA. Es verdad; tiene razón:
es injusta tu porfía.

(A don Carlos, separándose de él.)

FERN. ¡Conmigo la claridad
de los cielos, la evidencia
de todo; la transpariencia
divina de la verdad!

CARLOS. ¡Ella me rechaza... y huye!...
(¡Nos separará un abismo!)

FERN. De su insensato egoismo
en la defensa, ¿qué arguye?

CARLOS. La noche al dejarte á tí
me aprisionará en su tul,
¡y si en tí fué noche azul,
noche negra será en mí!

AURORA. ¡Eso es delirar, Lorenzo!

CARLOS. ¡No me abandones, Aurora!

FERN. ¡Ven, hermana; que ya es hora!

CARLOS. ¡Ven, mi amor!

AURORA. Después.

FERN. ¡Yo venzo!

(Aurora y Fernando se dirigen á la puerta de la derecha, primer término: don Carlos, loco ya de desesperación, les cierra el paso.)

CARLOS. ¡No sigas! (A Fernando.)

FERN. ¡He de pasar
y andas en ceder reacio!

CARLOS. ¡Tinieblas del negro espacio,
sombras del fondo del mar,
noche de negro capuz,
venid todas en mi ayuda!

AURORA. ¡Lorenzo!

CARLOS. (A Fernando.) ¿Lo ves? ¡Ya duda!

AURORA. No dudo: ¡quiero la luz!

(Acercándose á Fernando como para buscar protección.)

FERN. ¡Pronto! (Intentando separar á don Carlos.)

CARLOS. ¡Atrás!

AURORA. ¿Qué desvarío,
te avasalla?

FERN. ¡Paso franco!

CARLOS. ¡Antes la vida te arranco!

AURORA. ¡Madre!... ¡Fernando!... ¡Bien mío!

(Se interpone entre don Carlos y Fernando.)

ESCENA IX

AURORA, DOÑA JUANA, DON CARLOS, FERNANDO y PARREÑO

Doña Juana y Parreño aparecen en la puerta de la derecha, primer término, por donde iban á salir Aurora y Fernando. Don Carlos retrocede, Aurora se abraza á su madre. Fernando queda cerca de ambas. Parreño va á colocarse junto á Carlos.

JUANA. ¿Qué ocurre?
AURORA. Nada... (¡Mi pecho
va á saltar!)
JUANA. Pero ¿qué ha sido?
FERN. De un vértigo poseído,
saltó Lorenzo del lecho,
llegó impetuoso hasta aquí,
y en su fiebre de alegría,
al ver que la luz del día
á su amada prometí,
dijo... lo que no pudimos
comprender, que una locura
es al fin la calentura;
con gran pena contuvimos
pero contenido está,
su arrebato entre los dos;
en esto llegásteis vos,
y vedle tranquilo ya.
JUANA. (A Fernando en voz baja.)
(Es extraño lo que vemos.)
PARREÑO. (A don Carlos, en voz baja señalando á doña Juana.)
(Algo sospecha.)
FERN. (En voz baja y con cierta ironía á doña Juana.)
El placer
enloquece.
JUANA. (A Fernando, siempre en voz baja.)
(Podrá ser;
pero pronto lo sabremos.)
FERN. (En voz alta.) Ahora la prueba suprema.
AURORA. (En voz baja.) Adiós, mi Lorenzo.
CARLOS. ¡Impía!

(Ella se acerca á don Carlos y toma su mano, pero don Carlos permanece inmóvil, silencioso y como petrificado; doña Juana intenta separar á Aurora.)

JUANA. Aurora.

AURORA. Voy, madre mía.

JUANA. Sígueme... (Llevándola consigo.)

AURORA. (¡Su mano quema!)

FERN. (A don Carlos en voz baja y señalando á Aurora, que se aleja apoyada en doña Juana.)
(Tú, el matador de su padre,
tú, aleve entre los aleves,
¡arráncala si te atreves
de los brazos de su madre!)
(Salen doña Juana, Aurora y Fernando.)

ESCENA X

DON CARLOS y PARREÑO

PARREÑO. Don Carlos, ven, ya la suerte
está echada y decidida.
(Cogiendo la capa y el sombrero de don Carlos y procurando llevarle.)

CARLOS. Entre la muerte y la vida
dióme el destino la muerte.

PARREÑO. Basta ya de desvarío.
Que partir conviene infiero.

CARLOS. (Separa á Parreño, y sombrío y distraído se acerca á la ventana.)
Déjame: respirar quiero
de la noche el vapor frío.

PARREÑO. ¿Qué esperas? Ella vendrá
á esta sala muy en breve.

CARLOS. (Enumerando con frialdad.)
Y en mí al traidor, al aleve,
al asesino verá.

PARREÑO. Si no quieres que así sea,
salgamos pronto de aquí.

CARLOS. Es que quiero verla, sí,
y quiero que ella me vea.
La luz brotará en sus ojos
cual nuevo sol que amanece,

y aunque es sol que me estremece,
buscaré sus rayos rojos.
¡Verla, sí! Que llega el día,
y soy como el moribundo,
que al derpedirse del mundo,
en lucha con su agonía,
la vista fija en la cruz,
el sol divisa en oriente,
y alza en el lecho la frente
buscando un rayo de luz.
¡Verla por última vez,
aunque me maldiga airada;
y el fuego de su mirada,
abrase mi palidez!
¡Aunque se deje arrastrar
por sus sangrientos rencores,
y llame á sus servidores,
y la muerte me haga dar!
¿Quién sabe? ¡Ya su furor
saciado de esta manera,
quizá más tarde tuviera
algún recuerdo de amor!
¡Tal vez en la noche oscura,
recatada bajo el manto,
fuera á regar con su llanto
mi olvidada sepultura!
Si después que yo muriese,
Aurora me perdonase,
si con nuevo amor me amase
y sus lágrimas sintiese
sobre mi losa caer...
¡del mismo infierno saldría
y á mi sepulcro vendría
sus lágrimas á beber!
Y tal dicha que la mente
no concibe; tal ventura
que sólo existe en la altura
celestial, y que impotente
lengua humana, nunca nombra,
mi espíritu estremeciera
cuando su llanto sintiera
entre mis labios de sombra.

¡Si la luz... si este dolor...
si quizá el blanco sudario...
juzgó Dios que es necesario
para sublimar su amor!...

PARREÑO. ¡Basta!
CARLOS. ¡No, que anhelo más!
PARREÑO. ¡Vamos pronto!
CARLOS. Los espero.
PARREÑO. ¡Van á llegar!
CARLOS. Eso quiero.
PARREÑO. ¡Al abismo, señor, vas
con tu pasión maldecida!
CARLOS. ¡Así lo quiso la suerte!
PARREÑO. ¡A su padre diste muerte!
CARLOS. A ella le daré mi vida.
PARREÑO. ¡Oigo pasos!
CARLOS. Vienen, sí.
PARREÑO. (Procurando llevarle, pero sin conseguirlo.)
¡Por el cielo!... ¡por tu padre!
¡Vendrás, aunque no te cuadre!
(Forcejeando, pero sin vencer la fría resistencia de don Carlos, que permanece inmóvil con la vista fija en la puerta por donde llega Aurora.)
¿La muerte quieres?
CARLOS. ¡Allí,
allí viene!
PARREÑO. (Con desesperación.) ¡Y no le venzo!
¡Por estas canas, señor!
CARLOS. ¡Ella!... ¡mi Aurora!... ¡mi amor!
(Sin atender á Parreño y mirando siempre á la puerta. Aurora aparece sostenida por Fernando y su madre, y con una venda sobre los ojos.)

ESCENA XI

AURORA, DOÑA JUANA, DON CARLOS, FERNANDO y PARREÑO

AURORA. (Desprendiéndose de su madre y de Fernando.)
¿Dónde, dónde está Lorenzo?
CARLOS. Aquí está, y aquí te espera.
(Aurora y don Carlos se encuentran.)

FERN. (Acercándose á don Carlos y hablándole al oido.)
(¿Qué proyectas, insensato?)
CARLOS. (A Aurora.)
¿Siempre me amarás?
AURORA. ¡Ingrato!
CARLOS. Dí... suceda lo que quiera,
¿tu corazón será mío?
AURORA. ¡Aunque tú me aborrecieses,
aunque mi sangre vertieses,
fuera tuyo mi albedrío!
CARLOS. ¡Júralo!
AURORA. ¡Sí; por mi padre!
CARLOS. ¡Rasga ese lienzo! (Señalando la venda.)
FERN. (¿Qué intenta?)
CARLOS. ¡Rasga... aunque el dolor que sienta,
el corazón me taladre!
¡Después, mírame!
(La lleva á la mesa en que está la luz.)
AURORA. ¡Mi amor!
(Intenta arrancarse la venda; pero don Carlos la detiene espantado y arrepentido.)
CARLOS. ¡Espera!... ¡No!... ¡Luego!...
AURORA. ¡Sí!
(Aurora insiste: pero don Carlos la contiene todavía. Ambos deberán estar junto á la mesa, y á su alrededor, llenos de ansiedad, los demás personajes.)
CARLOS. ¡Después!... ¡Más tarde!... ¡Ay de mí!...
AURORA. ¡Suelta!...
(Procurando desprenderse de don Carlos.)
CARLOS. (¡Me falta valor!)
JUANA. ¡Qué misterio!...
FERN. ¡Concluyamos!
¡Contempla al fin de tu amante,
de tu Lorenzo el semblante!
(Pronuncia estos dos últimos versos con terrible ironía y arrancando la venda de los ojos de Aurora.)
CARLOS. ¡No!
(Derriba la luz rápidamente, se apaga y queda todo en profunda oscuridad.)
FERN. ¿Qué hiciste?
PARREÑO. ¡Al fin! ¡salgamos!
(Cogiendo á don Carlos y procurando llevarle consigo.)

AURORA. ¡Lorenzo del alma mía! (Acercándose á él.)
CARLOS. ¿Otra vez la oscuridad?
¿Lo ves? ¡La felicidad
huye de la luz del día!
(Atrayéndola apasionadamente á sí.)
FERN. ¡Hermana!
JUANA. ¡Aurora!
PARREÑO. (A don Carlos.) ¡Por Dios!
AURORA. ¡No me dejes!
CARLOS. ¡Yo dejarte!
FERN. (Aproximándose á la puerta de la izquierda.)
¡Luces, pronto!
CARLOS. (En un arranque de ira.)
¡He de matarte,
ó dejo de ser Quirós!
(Desde que se apaga la luz hasta este instante, se efectúan los siguientes movimientos escénicos: don Carlos y Aurora forman un grupo que queda próximo á la mesa. Parreño inmediato á don Carlos y por lo tanto, unido al grupo anterior. Doña Juana vaga perdida en la oscuridad, buscando á su hija. Fernando se dirige, como queda dicho, á la puerta de la izquierda. Al pronunciar el último verso don Carlos, se separa violentamente de Aurora, desnuda el acero y se dirige hacia donde oyó la voz de Fernando. Ambos se encuentran: Fernando saca la espada y riñen con furor, marchando en dirección á la capilla.)
CARLOS. ¡Defiéndete!
JUANA. ¡Aurora!
AURORA. ¡Madre!
CARLOS. ¿Retrocedes? (Acosándole.)
(Mientras se pronuncian los últimos versos, doña Juana y Aurora se encuentran, y unidas, se aproximan algo á la capilla, que es la dirección en que se oye el ruido de las espadas. Los movimientos anteriormente explicados, traen á los actores á la siguiente situación: don Carlos y Fernando, riñendo junto á la capilla, pero á la izquierda, y de modo que Fernando sea el más próximo al centro. Parreño detrás de don Carlos, Aurora y doña Juana á la derecha, ocupando Aurora la posición más inmedia-

ta al centro. Así, pues, los cinco personajes forman dos grupos; Fernando, don Carlos y Parreño, á la izquierda; Aurora y doña Juana, á la derecha. Al llegar á este punto, Fernando separa su acero del de don Carlos, abre violentamente las dos puertas de la capilla y se aparta, uniéndose al grupo de Aurora y doña Juana.)

FERN. ¡Al fin!

AURORA. ¡Luz!

(Don Carlos se halla á la izquierda de la capilla, fuertemente iluminado por la lámpara del Cristo, el cabello en desorden, la espada en la mano y recordando, por su postura, la situación final del primer acto, cuando le vió Aurora junto al cadáver de su padre. Detrás de don Carlos, Parreño. A la derecha, Aurora, con el cuerpo inclinado hacia adelante y la vista fija en don Carlos. Detrás, doña Juana y Fernando, mostrándole éste último, con la mano extendida, la figura sombría de don Carlos. En la escena, ninguna otra luz ni más claridad que la de la lámpara del Cristo; de suerte que, exceptuando la parte próxima á la capilla, el resto queda envuelto en sombras.)

AURORA. ¡¡Por el Cristo de la Cruz,
el matador de mi padre!!...
¡No, fantasma... huye veloz!...
¡No se va!... ¿Quién es?

(Se vuelve, coge violentamente á doña Juana y le señala, con el brazo extendido, á su amante.)

JUANA. ¡Lorenzo!

(Oculta doña Juana el rostro entre sus manos, se vuelve con horror y se apoya en Fernando para no caer.)

AURORA. ¡No es verdad!... ¡no me convenzo!
¡Habla! (Dirigiéndose á don Carlos.)

CARLOS. ¡Dios mío! (Deja caer la espada.)

AURORA. ¡Su voz!

(Aurora hace un movimiento de horror: después se vuelve de nuevo para mirar á don Carlos.)

¡Pero no! ¡no puede ser!

CARLOS. ¡Espera! ¡nada me digas!
(Avanzando hacia el proscenio.)
¡Espera! ¡no me maldigas!...

¡Yo sé lo que debo hacer!
Á tu padre dí la muerte...
porque dió la muerte al mío;
después te dí mi albedrío...
¡porque lo quiso la suerte!
Después... después te he jurado
venganza, y yo nunca miento.
¡El solemne juramento
no tengo, Aurora, olvidado,
ni el compromiso me pesa!
¡Mira!... ¿Ves?... ¡Ante mi Dios,
yo, don Carlos de Quirós,
así cumplo mi promesa!
(Desnuda la daga y se hiere en el pecho.)

AURORA. ¡Lorenzo!
(Aurora quiere precipitarse hacia don Carlos: pero doña Juana y Fernando la contienen. Parreño sostiene á don Carlos incorporándole.)

PARREÑO. ¡Señor! (Pausa.)

CARLOS. (A Aurora, agonizando.) ¡Jamás
te veré!... ¡Voy á morir!...
¡y antes... yo... quisiera oir
una palabra no más
de compasión!... ¡Así en calma
muriera! ¡Mi dulce bien!
(Con suprema angustia.)
¿me aborreces tú también?

AURORA. ¡Te amo!.... ¡sí!... ¡con toda el alma!
(Se desprende de su madre y de Fernando y se precipita hacia don Carlos.)

CARLOS. ¡¡Bendita sea la luz!!

AURORA. ¡Lorenzo, mi amor, mi vida!

CARLOS. ¡Adiós, mi esposa querida!

AURORA. ¡Sí... tu esposa!... ¡ante la cruz!

JUANA. ¡Qué dices!
(Doña Juana procura separarla de su amante: ella resiste; Fernando ayuda á Parreño á sostener á don Carlos.)

AURORA. ¿Qué pretendéis?

CARLOS. ¡Aurora!
(Tiende los brazos á su amante como último adiós, y muere.)

AURORA. (Desprendiéndose otra vez de su madre, precipitán-

dose sobre el cuerpo inanimado de don Carlos y abrazándole con delirio.)

¡Lorenzo!... ¡Yerto!

PARREÑO. ¡Don Carlos!... ¡mi señor! ¡muerto!

AURORA. (Se levanta, y con ademán enérgico detiene á doña Juana, que se acercaba.)

¡Qué más venganza queréis! (Pausa.)
¡El ha sido... y es mi amor;
él ha vengado á mi padre;
yo soy ante Dios, oh, madre,
LA ESPOSA DEL VENGADOR.

(Queda don Carlos en tierra: arrodillado junto á él, Parreño: Fernando al lado de don Carlos ocultando el rostro entre las manos: doña Juana á la derecha: en el centro, y delante, Aurora en pie y señalando el cuerpo de su amante con trágico ademán. La escena á oscuras en primer término, é iluminada en la parte próxima á la capilla por la lámpara del Cristo.

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitación.
Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama en tres actos, original y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
En el pilar y en la cruz, drama en tres actos, original y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original, en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original, en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original, en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original, en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original, en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático, en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo-exposición en prosa.
Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.
El hijo de don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.
Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.
Mariana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.
El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.
A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo, en prosa.
La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.
María-Rosa, drama trágico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa. (Traducción.)
Mancha que limpia, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.
El primer acto de un drama, cuadro dramático, en verso.
El estigma, drama en tres actos y en prosa.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, a disposición de las Empresas.



PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.